



*Tentada por un
Picaro*

LAUREN SMITH

TENTADA POR UN PÍCARO

LAUREN SMITH

Traducido por
L. M. GUTEZ

Lauren Smith
LAUREN SMITH
BOOKS

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Seduciendo a una heredera en un tren](#)

[Acerca del Autor](#)

La presente es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos o bien son producto de la imaginación del autor o se emplean de manera figurada, y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, establecimientos comerciales, hechos o escenarios, es mera coincidencia.

Copyright por Lauren Smith

Traducción hecha por L.M. Gutez

Copyright Traducción 2023

Todos los derechos reservados. De acuerdo con la Ley de Derechos de Autor de Estados Unidos de 1976, el escaneo, la transferencia y el intercambio electrónico de cualquiera de las partes de este libro sin el permiso del editor, representa un acto de piratería ilegal y un robo de la propiedad intelectual del autor. Si desea utilizar material de este libro (que no sea para fines de reseña), debe obtener un permiso previo por escrito poniéndose en contacto con el editor en lauren@laurensmithbooks.com. Gracias por su colaboración en la defensa de los derechos del autor.

El editor no es responsable de los sitios web (o de su contenido) que no sean de su propiedad.

ISBN: 978-1-960374-61-5 (edición libro electrónico)

ISBN: 978-1-960374-62-2 (edición papel)

Midhurst, Sussex Occidental 1817

Rosas blancas y rosas formaban manchas de llamativos colores contra los densos setos verdes mientras Gemma Haverford caminaba por los jardines de su casa. Dejó que las puntas de sus dedos tocaran los pétalos de las rosas mientras se dirigía al centro del jardín. El crepúsculo era su momento favorito del día. Los pájaros empezaban a acallar su canto, la luz del sol se suavizaba, dándole a todo un suave resplandor. Tomó asiento en un fresco banco de mármol en el centro del laberinto de setos y rosales. Le temblaban las manos mientras se alisaba las faldas. Estaba lo bastante ansiosa como para que también chocaran sus rodillas, pero no podía ahuyentar los nervios.

No todos los días se ponía su mejor vestido, una seda azul cielo casi transparente, para una cita secreta en un jardín. Todo necesitaba ser perfecto. Había hecho un gran esfuerzo para que su dama de compañía domara las ondas salvajes de su cabello y la ayudara a humedecer ligeramente el vestido para que se ciñera mejor a su figura, que sólo llevaba la protección discreta de una prenda vaporosa.

Tenía que lucir lo mejor posible esta noche. A los veinticinco años ya había pasado la edad en la que a la mayoría de las mujeres les resultaba fácil casarse. Uno de sus primos lejanos había comentado insensiblemente a principios de año que estaba tan rezagada que acumulaba polvo. Gemma, sintiéndose un poco irritada por el comentario, y habiendo bebido demasiadas tazas de ponche de arrack, le había estornudado como si fuera él quien estuviera cubierto de polvo. No fue su mejor momento, ya que estuvo a punto de soltar una carcajada impropia de una dama al ver su expresión de horror cuando se esforzó por encontrar el pañuelo que llevaba en el chaleco para limpiarse la cara.

Había una buena razón por la que no se había casado, pero no podía decirle a nadie, ni siquiera a sus padres, por qué había rechazado a más de un pretendiente a lo largo de los años. Durante once años se había mantenido al margen de la búsqueda de maridos, creyendo, *sabiendo* que se casaría con un hombre, James Randolph, su amor de la infancia.

Él y su mejor amigo, Jasper Holland, se habían alistado en la Marina de Su Majestad como jóvenes guardiamarinas. James había tenido catorce años y Jasper, medio año mayor, quince. Durante once largos años los dos hombres habían estado fuera, haciendo su fortuna en alta mar, pero ahora se disponían a volver a casa, a casarse y a sentar la cabeza. No los había visto en todo ese tiempo, pero en el fondo de su corazón sabía que James venía a buscarla. Sus cartas habían

sido constantes y llenas de reafirmaciones de su afecto y su intención de casarse con ella tan pronto como regresara a casa. Y ahora era el momento.

¿Cómo sería él después de tantos años? ¿Habría cambiado tanto como ella? ¿Más alto, más musculoso, más guapo que el joven salvaje que había partido a la mar? ¿Sería severo como marido después de comandar hombres y barcos de guerra? ¿O sería gentil con ella después de tantos años duros en el mar, y no querría nada más que una vida tranquila en el campo llena de amigos y familia a un paso de su casa? Era lo que ella siempre había querido. Nunca le había gustado Londres ni el ritmo acelerado de la ciudad. Adoraba el campo, los pájaros, las tierras verdes, las ovejas, incluso las fiestas en el jardín que organizaban a menudo sus vecinos eran un divertimento del que disfrutaba. ¿Querría James lo mismo?

Gemma se mordisqueó el labio inferior, echando un vistazo a los jardines. Las glicinias colgaban de los enrejados a la entrada de esta parte concreta del jardín, las gruesas flores casi parecían flores silvestres ensartadas en lianas verdes sobre la madera pintada de blanco. Qué hermoso era todo esta noche. Y cuan perfecto. No pudo resistirse a sonreír.

Justo aquella mañana había recibido la última carta de James, en la que le decía que esta noche la buscaría en los jardines, para una reunión privada, lejos de las miradas de padres y acompañantes.

Esta noche. Esas palabras eran tan prometedoras. La carta de James contenía una suave tira de tela de gasa negra bordada con estrellas plateadas. En la carta se le pedía que esperara hasta el crepúsculo y se vendara los ojos para su llegada, porque él quería sorprenderla.

Una oleada de calor inundó sus mejillas ante la idea de sentirse tan vulnerable y a solas con él de aquella manera, pero otra parte se calentaba en lugares extraños y desconocidos. Sabía que encontrarse así con él no era apropiado y que, si alguien se enteraba, se vería comprometida. Pero era James, su James. El hombre en quien confiaba más que en nadie en el mundo, a excepción de su padre. La tentación de reunirse con él aquí, incluso en secreto, era irresistible.

¿Qué haría él cuando se encontrara con ella? ¿Quitarle la venda? Podría tocarle la cara, el cabello, el cuello... Se pasó las puntas de los dedos por el cuello, preguntándose cuán distinta sería la sensación de tener las manos de un hombre allí, unas manos llenas de callos por los años que llevaba trabajando con las cuerdas mientras amuraba las velas de un gran barco.

Un escalofrío la recorrió y se apresuró a dejar caer las manos sobre su regazo, sintiéndose un poco tonta. Era tan fácil dejarse llevar cuando pensaba en James. Cuando leyó por primera vez la parte de la carta en la que se le pedía que se reuniera así con él, lo primero que temió fue verse comprometida, pero James era un hombre bueno y noble. No era de los que arruinan a una dama, y menos cuando pretendía casarse en buenas condiciones.

Aunque no lo había visto desde que partió once años atrás, tenía fe en que no dañaría su virtud con esta cita en el jardín. Sería un caballero, ¿verdad? Gemma era demasiado consciente de que sabía muy poco acerca del corazón de los hombres, o de qué tan profundamente podrían caer presa de sus deseos.

¿Quizás debería volver adentro y esperar a que me llame mañana por la mañana? Eso sería lo correcto, después de todo.

Correcto sí, pero quería ver a James a solas y no quería esperar ni un momento más, ni siquiera una noche. Si la pillaban en una posición que dañara gravemente su reputación, bueno, su padre exigiría un matrimonio inmediatamente, James accedería y todo iría bien.

Sí, todo iría bien. Tenemos que casarnos, ¿y tal vez importe poco cómo se lleve a cabo?

Tal vez eso era lo que James pretendía, comprometerla para poder asegurarse de que se casarían. Era ciertamente poco ortodoxo, pero esa podría ser su intención. Conquistarla como

había conquistado a sus enemigos en los mares, rápida y seguramente. Si ese era el caso, sin duda era un pícaro. Otra pequeña sonrisa torció sus labios.

¿Voy a casarme con un pícaro? ¿Eso no sería...? Soltó una risita sin poder evitar pensar en lo maravillosamente perverso que sería. Sería escandaloso, pero si se trataba de James, él sería su pícaro.

Así que, con ese pensamiento tranquilizador, se quitó la venda, la puso con cuidado sobre sus ojos y la ató con un pequeño lazo en la nuca. Jugueteeó con su cabello, tirando un poco de los bucles sueltos e indomables para que cayeran enroscados sobre su cuello. Mary, su criada, había hecho todo lo posible por arreglárselo, pero ambas sabían que siempre tendría un aspecto un poco alborotado. James tendría que perdonarla por parecer un poco rebelde. Al menos su vestido había quedado bien.

Con la venda en los ojos, se dio cuenta de que podía ver vagas siluetas a través de la fina tela de gasa, pero sus ojos estaban, en su mayor parte, protegidos de cualquier percepción más clara. Se alisó de nuevo el vestido, moviéndose inquieta mientras su estómago daba vueltas una y otra vez en su interior. Y si James se hubiera retrasado, porque *oficialmente* no llegaría a Midhurst hasta mañana, cuando brindarían por él y Jasper en la fiesta que Lady Edith Greenley daría en el jardín de la finca del campo.

De repente, la grava crujió cerca de ella cuando alguien piso el sendero del jardín que se dirigía directamente hacia ella. Contuvo la respiración y se quedó muy quieta. Tenía que ser James. Su corazón palpitaba tan ferozmente que le dolían las costillas de tanto latir.

Jasper Holland maldijo por milésima vez mientras se abría paso a tientas por el laberinto de los jardines de Haverford. Toda esta situación era un maldito desastre. Era James quien debería estar aquí, no él, y sin embargo estaba atrapado en la situación de comprometer a una joven completamente decente porque su mejor amigo se comportaba como un imbécil. Ajustando su chaqueta azul marino alrededor de su cintura, giró de nuevo a la derecha, enfrentándose a un callejón sin salida.

¿Quién ha diseñado esta maldita cosa? Probablemente me perderé y seré comido por un minotauro murmuró, retrocedió tambaleándose y giró a la izquierda por otro camino. Alguien debería haberle dibujado un mapa de este...

Escuchó una risita femenina a cierta distancia y se detuvo. El sonido era ligero, un poco ronco, y en aquel momento le produjo un efecto muy extraño. Casi podía imaginarse a una mujer debajo de él en la cama, justo cuando estaba a punto de penetrarla y follarla hasta el placer mutuo, haciendo ese sonido. Era el mejor sonido del mundo y hacía mucho tiempo que no lo escuchaba. En el mar, a menudo había oportunidades de visitar los muelles cuando se estaba en puerto y pagar por una noche en un burdel. James lo había hecho a menudo, pero a Jasper nunca le gustó.

Había algo triste en las caras pintadas y en las miradas tranquilas y resignadas de las prostitutas que delataba lo que sentían por la forma en que se ganaban la vida. Más de una vez, Jasper pagaba simplemente por hablar con ellas y se marchaba por la noche, insatisfecho. Después de eso, se había quedado en el barco, dejando que James retozara por su cuenta.

Aún le sorprendía que, después de tantos años, James y él fueran amigos. Muchos hombres se separaban en el mar y pasaban años sin ver a nadie. Perder el contacto a menudo provocaba que la amistad se desvaneciera. Sin embargo, eso no había ocurrido con él y James. Habían sido

asignados a la misma fragata, el *HMS Neptune*, como guardiamarinas después de asistir a una escuela naval. Ambos habían sido ascendidos a tenientes y, cuando estaban listos para dejar el servicio, seguían en el mismo barco.

Debido a la afluencia de hombres que se incorporaban al servicio, la lista de espera para ascender a capitán era extensa y ni él ni James tenían suficientes conexiones con la nobleza como para obtener el favor de un ascenso más rápido en el estatus de oficial. Por lo tanto, ambos estaban de acuerdo en que había llegado el momento de dejar el servicio y volver a casa. James siempre había sido un poco rastrero, incluso de joven, antes de que se hubieran ido a la mar, pero el tiempo lo había endurecido a él y a Jasper de distintas maneras. Se había mostrado más reacio que Jasper sobre regresar a Midhurst e incluso el día anterior había estado hablando de mudarse a Londres una vez que hubiera elegido una esposa bonita, de la que pudiera cansarse fácilmente y coger amantes más tarde si así lo deseaba. Londres era un lugar mucho mejor para tener amantes que un pueblecito como Midhurst.

“El amor es para los tontos. La lujuria es lo que hace que un hombre siga adelante.”

Era algo que James siempre decía, algo que había llegado a creer después de tantos años en el mar. Las mujeres en los puertos habían convertido a James en un hombre insensible y había abandonado sus sueños de casarse con Gemma Haverford, la dulce hija del caballero del campo que había dejado atrás.

Jas, hazle un favor a un hombre, escríbele a Gemma y rompe con ella se burló en voz baja imitando la súplica que le había hecho James todos aquellos años.

Había empezado tan simple. Un favor a un amigo.

Y yo soy el tonto que se encargó de escribir esas malditas cartas de amor gruñó Jasper con una frustración autodirigida.

Había escrito una carta a Gemma, haciendo todo lo posible por imitar la pobre caligrafía de James, pero las palabras para poner fin a las cosas... simplemente no se habían plasmado en la página. En lugar de eso, se encontró compartiendo detalles de su día, pensamientos e impresiones que tenía de las islas que habían visitado, las tierras extrañas y los nativos que habían encontrado, las batallas a las que se habían enfrentado. Sus miedos, sus esperanzas, sus propios sueños. Y había firmado aquella primera carta con una sola letra J. No como James, sino como Jasper, el hombre que era. No había querido engañarla más de lo necesario. La respuesta de ella a su primera carta había sido casi inmediata. Una carta le llegó tan rápido a través del correo que tuvo que asumir que ella la había escrito al segundo de que había recibido la suya.

La Gemma que había conocido a través de sus cartas le había fascinado, divertido y cambiado su forma de pensar sobre Midhurst. La pequeña niña pelirroja había cambiado mucho. Se había convertido en una mujer que valía la pena conocer. Sus historias y descripciones de la ciudad, el pueblo, la campiña, todo lo que era tan fácil olvidar en el mar, lo habían mantenido con los pies en la tierra y le habían recordado su hogar. Ya no era un lugar del que había escapado para vivir una vida de aventuras, sino que se había convertido en un maravilloso lugar de refugio para él, un santuario al cual volver algún día cuando terminara su servicio.

Pero el juego había llegado a su fin.

James había descubierto en su última semana a bordo del barco que Jasper no había roto el compromiso secreto y que había seguido escribiéndose con Gemma durante los últimos diez años. Se había puesto furioso al saber que Gemma tenía ahora la impresión de que iba a proponerle matrimonio y que se había reservado para él y sólo para él. Jasper había leído todas las cartas en las que ella detallaba el paso de las estaciones londinenses y cómo se había sentido un poco presionada por casarse, pero había insistido en que lo amaba y que esperaba. Por James.

No por él. El pensamiento invocó una nube negra sobre los pensamientos de Jasper, pero no iba a cambiar lo que tenía que hacer esta noche. Tenía que terminar con Gemma mientras fingía ser James. Comprometerla para que mañana por la mañana, cuando se reuniera con James, él pudiera descubrir que había besado a otro hombre y romper con ella para siempre.

Sí, la arruinaría, pero Jasper tenía toda la intención de arreglar las cosas, de casarse con ella. Sólo tendría que convencerla de eso una vez que se calmara todo tras la huida de James. Jasper podía esperar, *esperaría* el tiempo que hiciera falta para que Gemma fuera su esposa, su amante, su mundo. Su único temor era que lo despreciara por haberla engañado todos estos años, pero era un riesgo que tendría que correr. En sus cartas le había hecho creer que se casaría con ella y lo había dicho en serio. Si tan solo no se hubiera escondido tras la fachada de ser James...

Debería haber confesado mi identidad desde el principio, antes de tejer esta enmarañada red, pero ya es demasiado tarde.

Un sabor amargo cubrió su lengua. Con el ceño fruncido, miró a través del arbusto más cercano. Pudo distinguir una figura femenina sentada en un banco. Era una visión que nunca olvidaría. La mujer era encantadora. Tenía una figura espléndida, caderas del tamaño justo para las manos de un hombre, y la curva perfecta de una cintura estrecha. Desde donde estaba, no podía verla el frente, pero el crepúsculo resaltaba las ondas de color pelirrojo de su cabello que se escapaban del nido de horquillas de su cabeza. Lucía una deliciosa pícara lista para caer en la cama más cercana.

Dios, quería ser el hombre que se la llevara a la cama, explorar a Gemma de una forma con la que sólo había fantaseado durante años. Por supuesto, habían sido sólo sueños, no había pensado que sería tan tentadora en la vida real. Recordaba a la pequeña pelirroja que los había seguido a James y a él cuando eran niños. Nunca le habían interesado mucho las niñas, pero James le había gustado la forma en que ella lo miraba con sus dulces ojos. La adoración, viniera de donde viniera, siempre había sido algo que James disfrutaba y le había resultado demasiado fácil cortejar a la pequeña Gemma con sus sonrisas y bromas. Jasper había estado demasiado ocupado para ocuparse de niñas a esa edad, le había interesado más explorar las colinas y los bosques de Midhurst y meterse en la clase de líos a los que eran propensos los chicos.

La mujer en el banco suspiró y tocó la venda que tenía sobre los ojos. Estaba hecha de una tira de tela que había encontrado para ella en una pequeña tienda de un puerto costero hacía sólo una semana. Iba a ser su herramienta de engaño, una forma de impedir que ella lo viera con claridad, para que recordara esta noche y tuviera que admitir que no era James quien la había visitado. Era un plan cruel. El plan de James, no el suyo, pero Jasper era igualmente un bastardo por seguirle la corriente.

Demonios y maldición murmuró, enderezó los hombros y rodeó el seto más cercano. Había llegado el momento de comprometer a una dama inocente y no podía aplazarlo ni un instante más.

Perdóname, dulce Gemma.

¿James? ¿Eres tú? exclamó, con el corazón latiéndole a mil por hora por la emoción del momento.

Su cara se calentó con el calor de un rubor cuando escuchó una suave respiración a unos metros detrás de ella. Este momento llevaba una década preparándose. Lo había soñado hasta altas horas de la noche y apenas podía respirar por la alegría que sentía en su interior. Cada carta, cada ansioso día esperando que un mensajero que le trajera noticias de él, la habían conducido finalmente a esta noche. Su vida podía empezar de nuevo, esta vez con James a su lado.

Dios mío, ¿eres tú, Gemma? ¡En qué gloriosa criatura te has convertido! una grave voz masculina pronunció sin aliento.

Fue curioso, ella había esperado reconocer su voz, escucharla igual que la del chico que había grabado en su memoria, pero no era así. La voz que hablaba era la de un hombre, cambiada a un rico barítono, que retumbó sensualmente detrás de ella. Empezó a darse la vuelta en el banco, pero de repente un cuerpo se sentó por detrás, rodeándole la cintura con los brazos y rozándole la oreja con los labios.

No te des la vuelta le susurró. Quiero verte así, beber hasta saciarme de ti.

El choque de la caricia íntima de sus labios contra su oreja la hizo estremecerse de pánico. Chispas de calor intenso se dispararon entre sus muslos. Gemma intentó zafarse de su abrazo porque la forma en que la sujetaba la hacía sentir tan... rara.

James, espera, quiero verte se llevó las manos a la cara para quitarse la venda y verlo. James, sin embargo, tenía otras ideas. Le cogió los brazos y se los sujetó a los costados mientras la empujaba contra su regazo en el banco de mármol. Esa cercanía forzada hizo que se le subiera el corazón a la garganta y se mareara por una inquietante mezcla de emociones y conciencia física. Era un poco brusco, pero en lugar de asustarla, la hizo más consciente de su fuerza. Tocó la piel desnuda de sus brazos con sus palmas callosas.

¿Por qué no llevo guantes? Una dama siempre lleva guantes. Pero no lo había hecho esta noche porque quería sentirlo, tocarlo sin una capa de seda entre sus dedos y su piel. Ahora sentía una sensación piel con piel, perfecta, excitante. Excitante... sí, eso era lo que sentía. Excitación. Mary se lo había explicado en susurros cuando la preparaba para esta noche, le había explicado que un beso podía hacer cosas extrañas en el cuerpo de una mujer si el hombre era hábil. Parecía que Mary había tenido razón.

Los brazos de James se apretaron alrededor de su cuerpo para evitar que escapara, ahora estaban apretados de una forma totalmente diferente. Su respiración se volvió agitada y se acomodó contra ella.

James, ¿qué estás haciendo? jadeó, tratando de liberarse de nuevo.

Shh... quédate quieta mi adorada Gemma, abraza este sueño crepuscular conmigo... las palabras fueron suaves como la miel y pronunciadas con una cadencia poética tan perfecta que Gemma estaba demasiado embelesada por el romanticismo como para molestarse en resistirse al amoroso abrazo de su amor.

Este era el hombre de las cartas, el que cortejaba con sus palabras. Ahora la cortejaba con sus manos. Le resultó fácil relajarse bajo aquella voz tranquilizadora, a pesar de la posición claramente comprometedor de su cuerpo contra el de él. Si nadie los descubría, su reputación estaría a salvo.

Me alegro de volver a escuchar tu voz, once años es mucho tiempo. Me preocupaba que no me encontraras... deseable dijo Gemma, apenas por encima de un susurro. Ya no era una jovencita, era mayor, un poco más sabia, y nunca había sido una de las chicas más atractivas de Midhurst, y mucho menos de Londres.

El miedo a que él la sustituyera por alguien nueva, una mujer más hermosa, era un miedo que no quería admitir, pero estaba ahí, arañándole el corazón, haciendo que fuera difícil respirar. ¿Sería suficiente para un hombre como James? ¿O la encontraría insuficiente? Nunca antes había medido su valía en función de su aspecto y, desde luego, nunca se había valorado por el afecto de un hombre. Eso no había cambiado. Pero si James no la quería, le dolería. Profundamente. Los once años que habían pasado cortejándose en secreto mediante cartas habrían sido un desperdicio, y los hombres decentes y aptos que había rechazado ahora estaban todos casados y tenían sus propias mujeres y niños.

Mareada por la dulce oleada de calor en su cuerpo y el lento y creciente dolor entre sus piernas, reprimió un gemido cuando James deslizó una mano desde su cintura a lo largo de su muslo. Luchando por recuperar el aliento, trató de apartar su mano para aliviar el efecto que tenía en sus sentidos. Retiró la mano de su muslo para cubrir la de ella, la cual se resistía, y la llevó hasta su propia pierna. Con este simple cambio de manos, Gemma se sintió un poco más en control. Llevó su mano hacia abajo, hacia la suave ternura de la parte interna de su muslo, acariciando la seda contra su piel. La hizo acariciarse como sólo lo había hecho cuando estaba sola en el baño.

La cabeza le daba vueltas y un pequeño cosquilleo le recorría la piel con sólo saber que él deseaba tocarla allí, explorar la piel oculta de sus piernas. Se recostó contra su pecho y él extendió sus largas y finas piernas a ambos lados de las suyas. La rodeó, envolviéndola completamente en su abrazo. Resistió el impulso de tocarlo, aunque quería sentirlo y asegurarse de que era real. Puso la otra mano tentativamente sobre el muslo derecho de él. Los pesados músculos, fuertes bajo su mano, le provocaron lentas oleadas de calor y el corazón le dio un vuelco en el pecho. Los músculos bajo su mano se tensaron y se movió un poco detrás de ella.

¿Qué no te encuentro deseable? Gemma, eres impresionante apretó los labios contra su garganta en un beso.

Luego se rio suavemente y subió la otra mano para acariciarle los pechos. Su carne se tensó bajo su contacto y Gemma respiró hondo. La sujetó hacia atrás con más fuerza y ella sintió algo duro, su excitación contra su trasero. Mary también le había advertido de que la zona inguinal de un hombre se endurecía cuando estaba listo para llevarse a una mujer a la cama. La idea le había parecido graciosa en aquel momento, pero ahora le ardían los pulmones y le temblaban las manos de sólo pensarlo. ¿Querría llevársela a la cama? ¿Lo intentaría esta noche? ¿Quería ella que lo hiciera?

No era una mujer lujuriosa, pero se sentía tentada por este... pícaro. La forma en que la sujetaba, la forma en que sabía cómo hacer que su cuerpo se inundara de calor y deseo.

La mano de Jasper en su muslo empezó a enrollar su vestido, subiéndolo por encima de sus pantorrillas, por encima de su rodilla hasta que la piel desnuda quedó al descubierto. Si seguía tocándola así, seguramente se desmayaría, se caería del banco y estropearía su mejor vestido... pero si dejaba de hacerlo, estaba segura de que moriría por anhelos insatisfechos.

James... no creo que debamos... intentó hablar, pero él le cogió la barbilla con la mano y le inclinó la cabeza hacia un lado para poder besarla en los labios.

Fue el primer real de Gemma. Recordaba que James la había besado una vez, hacía mucho tiempo, cuando eran niños. La había sorprendido junto a la puerta trasera de las cocinas de Haverford y había apretado los labios contra los suyos. Un breve destello de sonrisa después y se había marchado, dejándola sola y confundida por sus acciones. No le había gustado mucho aquel beso, pero ¿a qué niña respetable de diez años le habría gustado? Sin embargo, ahora todo había cambiado y, al parecer, los besos de James también.

Éste era un beso de verdad, con fuego derritiéndose y el dulce sabor del primer brote de la pasión. Su cálida boca sobre la de ella era una sensación fascinante. Labios suaves que la persuadían y la provocaban, dándole escalofríos en lugares que no sabía que podían temblar. Cuando su lengua separó sus labios y acarició la suya, algo en lo más profundo de su vientre se retorció y se tensó, y un brote de calor la recorrió como el fuego en una sartén. Rápido, sorprendente, la hizo jadear. Le cogió la pierna con más fuerza, sintiendo los músculos tensos de su muslo bajo ella mientras se esforzaba por besarla más fuerte. Sería tan fácil perderse en sus brazos, en la sensación de su boca sobre la suya. Sus labios se torcieron hacia arriba y él sonrió entre beso y beso.

Sabes divina, Gemma susurró con voz ronca, mientras su mano subía por su pierna, acercándose a zonas peligrosas.

Sabía que debería haber intentado cerrar las piernas para evitar que él subiera más. Cuando su mano abandonó la de ella, ésta siguió avanzando por debajo de su vestido, levantando las enaguas como si no estuvieran allí.

¡Oh! jadeó cuando acarició los apretados espirales del triángulo oscuro oculto entre sus piernas. Un cosquilleo de placer subió por su columna vertebral, pero se retorció un poco ante aquel contacto, asustada por la creciente tensión en la parte inferior de su cuerpo. James atrapó su boca con la suya y absorbió el pequeño jadeo, sin dejar de sonreír.

He esperado años para tocarte, Gemma... confesó en un suave suspiro y le acarició la mejilla.

Gemma quería mirarlo a la cara, quería ver lo que sabía que tenía que ser un rostro apuesto. Pero él le cogió la mano cuando ésta se desvió hacia la venda y le besó el interior de la muñeca antes de poner su palma en su cuello. Ella pudo enredar los dedos en su sedoso cabello y acercar su cabeza a la suya mientras él dejaba que sus labios pasaran de los suyos hacia cuello y luego a su hombro. La mano que tenía entre sus piernas se adentró unos centímetros más, acariciando la entrada de su húmedo centro y las sensaciones violentamente placenteras que la recorrieron la hicieron temblar. Hizo una pausa en su profunda caricia para besarla.

¿Estás bien? su tacto se suavizó mientras esperaba a que respondiera.

Intentó asentir, pero seguía temblando. Sabía que si intentaba ponerse en pie se caería antes de andar. Apartó la mano, pareciendo darse cuenta de lo afectada que estaba.

Gemma... le dijo en voz baja, mientras le bajaba el vestido por las piernas.

James... lo siento. No estoy acostumbrada a... intentó explicarse, tan avergonzada que quería hundirse en un agujero en el suelo y esconderse de él. Había esperado años por él, por este momento y ahora era inexperta e insegura de sí misma. ¿Querría una mujer con más experiencia?

La vergüenza hizo que se le calentara la cara y sintiera un cosquilleo. Cerró los ojos, intentando respirar. ¿Quién hubiera pensado que su inocencia se convertiría en una carga?

Hay tiempo de sobra para que te acostumbres a esto y a mí murmuró su suave voz sin el menor atisbo de fastidio. Tenía compasión por esperar, por no presionarla hasta que se hubiera acostumbrado a esas nuevas pasiones que había encendido en su cuerpo. ¿Cómo se le había ocurrido dudar de sus intenciones?

Cuando se levantó y la soltó, el calor de su cuerpo desapareció. La privación de su proximidad tuvo un efecto sorprendente en ella, tuvo que contener sus propios brazos para no extenderlos e intentar volver a su abrazo. Se dio la vuelta instintivamente, pero la venda de los ojos le impidió ver a su amado.

¿Estarás mañana en la fiesta de Lady Greenley? intentó sonar despreocupada, como si él no acabara de cambiar todo su mundo en cuestión de unas pocas caricias y besos.

Sí, pero prométeme que no dirás ni una palabra de lo que ha ocurrido esta noche. Nuestro encuentro debe mantenerse en secreto.

¿Un secreto? una chispa de inseguridad la recorrió, pero la disipó ¡Se trataba de James! Haría lo correcto por ella, de eso no había duda.

Sí, hasta que pueda pedirte que te cases conmigo como es debido Jasper le dio un tierno beso en la frente y sus pasos se alejaron.

Se quitó la venda de los ojos a tiempo para ver cómo la espalda alta y fina de un hombre de cabello oscuro desaparecía por el borde del jardín. Gemma apretó la hermosa venda contra su pecho, todo su cuerpo temblando de alegría ¡James iba a casarse con ella! Pensar que sería bendecida con años de tiernas palabras y suaves besos ardientes... era la mujer más afortunada del mundo por conocer el amor de la mano de James Randolph. Los años de fiel afecto que habían compartido a través de palabras creadas por plumas sobre papel sólo habían hecho de su futura pasión un poderoso fuego esperando la oportunidad de arder.

Jasper llegó a Randolph Hall y dejó su caballo con el mozo de cuadra. Inmediatamente le permitieron la entrada y lo condujeron al salón donde James Randolph estaba de pie junto a la chimenea de mármol, con una mano apoyada en la repisa, removiendo una copa de brandy. No pareció sorprenderse en absoluto de la llegada de Jasper, pues señaló con la cabeza la copa de brandy que había sobre la chimenea. No sirvió de nada para aliviar el oscuro estado de ánimo que invadía a Jasper como nubes de tormenta de verano. Escuchar a Gemma jadear el nombre de otro hombre. El nombre de James hizo que su sangre ardiera. Deberían haber estado sólo Gemma y él en aquel jardín, sin el espectro de su amigo entre ellos.

Jas, demonio, ¿por qué has tardado tanto? preguntó James, ofreciéndole una segunda copa de brandy.

Me he retrasado... cogió el brandy de su amigo y bebió con voracidad.

¿Y tu reunión con Gemma? ¿Cómo ha ido? Apuesto a que esa venda en los ojos sirvió para disimular que eras tú y no yo quien acababa de hacer el amor con ella soltó una risita y volvió a dar un sorbo a su brandy.

A Jasper le costó mucho no darle un golpe y hacer que la nariz de su amigo sangrara. Todo este plan era espantoso y despreciaba la forma en que hacía que su interior se marchitara de culpa.

James... ¿estás seguro de que quieres hacerle esto? Quiero decir...

Su amigo levantó una mano para silenciarlo.

Ya, ya, Jasper. Recuerda que estamos en este enredo porque *tú* no hiciste lo que te pedí sacudí la cabeza en señal de reproche.

Por desgracia tenía razón, había hecho algo increíblemente tonto y ahora era una piedra en el zapato que tenía que soportar y un desagradable obstáculo contra los planes matrimoniales de James. Por no hablar de las intenciones que tenía Jasper de quedarse con Gemma. Ambos estaban atrapados, uno queriendo escapar de ella y el otro queriendo hacerla suya con cada fibra de su ser. Pero no había manera fácil de hacerlo. Un hombre no podía romper un acuerdo, incluso uno tan secreto como el que Gemma tenía, sin una buena razón. Ergo, ella tenía que ser comprometida por otro hombre, lo que le daría a James su salida honorable, y con suerte, Jasper, podría llegar a ella y arrebátarsela.

Tengo que hacerlo. Ella me ama, sólo que no sabe que soy yo.

Esa era probablemente la peor parte del plan, convencerla de que el hombre al que amaba no era James, para que lo dejara seguir su alegre camino sin ella. James había decidido casarse después de todo, a pesar de ser el amante hastiado en que se había convertido para muchas mujeres en muchos puertos. Se había casado con una tipa de mal carácter y maneras odiosas, pero era hermosa. Eso era lo único que le importaba a James ahora, el aspecto de una dama y su deseo de divertirse un poco. Gemma no era el tipo de chica que James hubiera buscado para divertirse.

Juegos de azar, combates de boxeo y otras formas inferiores de entretenimiento no eran algo que le interesaría a Gemma. Eran tan opuestos que era una bendición que el matrimonio entre ellos nunca sucedería, pero seguía sin ser justo que trataran tan mal a Gemma. Por supuesto que seguía siendo culpa de Jasper, lo admitía. Habían sido sus cartas las que la habían dejado con esperanzas de matrimonio, porque tenía toda la intención de casarse con ella, si lo aceptaba después de lo que había hecho esta noche.

Le escribí tus cartas como me pediste, pero no pude seguir adelante y romperle el corazón se tiró en la silla más cercana y miró a James.

Sabía que podrían haberlos confundido con hermanos, por sus figuras altas, su cabello oscuro y ojos castaños. Ambos tenían los rasgos finos y orgullosos de los hijos de la alta burguesía inglesa, con barbillas esculpidas, narices rectas y mandíbulas fuertes. Los años pasados trabajando en el mar habían forjado dioses musculosos en ellos y sus fortunas recién ganadas les conferían a ambos un aire de temeridad que a menudo desembocaba en problemas. Más para James que para Jasper, por supuesto.

No es culpa mía, Jas, que no pudieras dejarla tranquila.

James era el más dramático y extrovertido de los dos hombres, pero no era el líder entre ellos. Su facilidad para el drama atraía a las mujeres hacia él, y disfrutaba de las oportunidades que esto le brindaba. Jasper sabía que James se había preocupado por Gemma Haverford cuando era niño, y le escribió esporádicamente aquel primer año que estuvieron en alta mar.

Pero al llegar a los diecisiete años, se había sumergido de lleno en la vida de mujeriego, como cualquier libertino decente, y ya no quería seguir cargando con las expectativas matrimoniales de una querida e inocente muchachita de campo como Gemma. Por eso, le había pedido a Jasper que le escribiera unas cuantas cartas haciéndose pasar por él y acabara rompiendo la relación.

Sin embargo, él se había dado cuenta de que disfrutaba de su correspondencia con Gemma, quien tenía una mente despierta y un ingenio rápido y que cualquier conocimiento mundano que le faltara podía remediarse fácilmente. Nunca se habría imaginado que se convertiría en algo con

lo que soñaría todas las noches, que sus cartas lo ayudarían a atravesar tormentas y feroces batallas... Gemma, siempre una dulce jovencita a sus ojos; una inocente niña de campo que nunca crecería... *había crecido*. Y ahora la gravedad de su engaño lo tenía partido en dos en lo que a su lealtad se refería. Haría lo que James quisiera sin dudarlo, pero ¿Gemma? ¿Qué tan fuerte era el control de esa dulce niña sobre él, ahora que era una dulce mujer? Demasiado fuerte. Tanto que quería casarse con ella.

Entonces, ¿te ocupaste de ello? preguntó James, sonriendo torcidamente a su amigo.

¿Quieres decir si la atraje al jardín y la comprometí? sus palabras salieron más ácidas de lo que debían, pero no podía evitarlo, no era un fanático de toda esta malvada trama que James había ideado, lo cual, dada su juventud bastante imprudente y sus atrevidos actos al servicio de Dios, el Rey y el país, ya era mucho decir.

Bueno, ¿lo hiciste? se alejó de la chimenea y se unió a Jasper en la silla junto a él.

Consuélate con esto, James. Está total y completamente comprometida. La pobre criatura está tan locamente enamorada de ti que mañana la destrozarás cuando la reproches por estar con otro hombre.

Su lealtad estaba incómodamente estrecha en ese momento entre su mejor amigo desde hacía más de veinte años y la chica a la que llevaba una década escribiendo cartas de amor. No habría accedido a su plan si ella hubiera resultado realmente herida. Lo peor de todo sería un corazón roto, y ella se recuperaría pronto, y entonces la ganaría para sí. Y James sería libre de proponerle matrimonio a Arabella Stevens, el "deleite de su corazón" y su prometida.

Jasper pensaba que Arabella no era más que una chiquilla que James había conocido en Brighton. Por desgracia, la chica tenía un tío que vivía a pocos kilómetros de Midhurst. Jasper no tenía derecho a envidiar a James en su elección de mujeres, ya que a menudo había probado los placeres de damas de reputación menos que perfecta, pero ¿casarse con una de ellas cuando en su lugar podía elegir a Gemma Haverford? Era absurdo, completamente absurdo. Por supuesto, ahora que había visto a Gemma, bueno, más que verla... la había saboreado profundamente... la idea de ver a James de pie ante el altar con ella hizo que algo se le revolviera en su estómago. Le recordó extrañamente a cuando había sido un muchacho en el barco aquel primer mes, sufriendo de mareos.

Excelente no parecía ni remotamente preocupado por Gemma y por lo que Jasper pudiera haberle hecho en el jardín. De hecho, había sido idea suya que hiciera "algo más" que reunirse con ella. ¿Cómo estuvo? Nuestra ruborizada chica de campo sonrió perversamente por encima de su copa de brandy, sus ojos marrones cálidos de picardía.

Jasper frunció el ceño mientras se debatía en cómo responder.

Fue muy dulce, pero es completamente inocente, la pobre. Apenas la toqué, ya temblaba como una hoja. No me atreví a llegar hasta el final con ella dijo, una pequeña oleada de culpabilidad lo recorrió. Había hecho algo más que tocarla, pero ¿alguien podía culparlo? Una fruta madura colgando de una enredadera, no pudo resistirse...

¿Una chica inocente? ¿Cómo es posible a su edad? No, espera, déjame adivinar, ¿está demasiado rellenita y no es nada atractiva? ¿Es una cosita fea y pecosa? Debe de serlo, con todo ese cabello pelirrojo que recuerdo que tenía de niña se rio.

Jasper le hizo una mueca a su amigo. No le gustaba escuchar hablar de Gemma, y menos de una forma tan cruel. No la amaba, eso sería una tontería, pero se *preocupaba* por ella, profundamente, como se preocupa uno por su spaniel favorito y no le gustaba que otro hombre le diera una patada a su perro. Quería proteger a Gemma del mundo, como haría con cualquier cosa que le importara, aunque eso significara mantener los insensibles comentarios de James lejos de

las pequeñas orejas de ella.

Te sorprenderías, James. Es toda una belleza.

¿Oh? ¿Entonces por qué no terminaste el acto, Jasper? Acordamos... lo miraba ahora con curiosidad.

Jasper apretó los puños automáticamente, con el cuerpo deseoso de lanzar de repente un despiadado gancho de derecha en la cara engreída de James. Forzó la compostura, aflojó los puños y volvió a relajarse.

Ella fue tan... nunca había hecho temblar a una mujer, James. No me gustaba saber que sólo me dejaba hacerle esas cosas porque pensaba que eras *tú*. Se ha guardado para ti, y no podía arrancarle esa inocencia en menos de una hora se frotó los ojos, cansado, mientras intentaba borrar de nuevo aquella culpa rastrera. Su voz, gritando el nombre de James, resonó en su cabeza y las náuseas volvieron de nuevo. Quería que Gemma lo amara, que supiera que era él y no James a quien había besado.

Debo esperar mi momento. Esperar hasta que todo esto termine, entonces iré tras ella.

Qué divertido... que te afecte tanto. Tal vez deberías intentarlo con ella, Jas, para entretenerte hasta que yo consiga a Arabella reflexionó y se frotó la barbilla.

No, ya la he dañado bastante. Casi hacerle el amor mientras fingía ser tú ya fue bastante malo. No haré más que eso.

Aww, vamos Jas, hazle un favor a un amigo. Ambos sabemos cómo es Gemma. No dejará que nuestro compromiso se caiga sin dar pelea. Necesito que la seduzcas y le ofrezcas algo... más dulce lo miró suplicante y Jasper resopló con fuerza.

¿Más dulce? Por Dios, James, ¿quieres que me haga el libertino para distraerla y alejarla de ti? qué idea tan miserable, pero se lo debía a James.

Jas, por favor. Sabes que no puedo casarme con Gemma. Ella no es lo que quiero de la vida. *Ya no* lo miró fijamente, y Jasper supo que lo que su amigo dijo fue cierto. No quería amor, no quería esa vulnerabilidad que podía darle a un hombre. Ambos habían visto a hombres enloquecer por amor y James había dejado claro hacía años que no quería saber nada de amar a una dulce chica de campo como Gemma. Era mejor casarse y acostarse con una víbora como Arabella y no esperar que le rompieran el corazón. Al menos eso pensaba James, por lo que Jasper sabía, y conocía bien a su amigo.

Su amistad era profunda. James había arriesgado su vida más de una vez para salvarlo y él había hecho lo mismo a cambio. Por encima del estruendo de los cañones y a través de la niebla de la guerra, habían permanecido juntos, habían sido heridos juntos. Su sangre había corrido en ríos gemelos, mezclándose en el suelo de un camarote después de que una bala de cañón desgarrara el casco de su barco. Eso no era algo fácil de descartar cuando se trataba de una cuestión de lealtad. Pero no quería que supiera lo mucho que le importaba Gemma. No quería que su mejor amigo le pusiera las cosas difíciles cuando la persiguiera.

Bien, la mantendré ocupada para que puedas tener a tu maldita Arabella dijo, viendo cómo el rostro suplicante de su amigo se transformaba en una emoción extasiada.

¡Maravilloso! Debo escribir a Arabella y decirle que esté mañana en la fiesta del jardín terminó su brandy y Jasper se puso en pie.

Será mejor que me vaya, antes de que sea demasiado tarde dijo y ambos se dieron la mano. Salió de Randolph Hall, con la extraña sensación de que acababa de hacer un pacto con el diablo para robarle la inocencia a la pobre Gemma. No le gustaba cómo eso hacía que se le revolviera el estómago. Pero las promesas eran promesas. Con un poco de suerte, sin embargo, podría compensar a Gemma casándose con ella.

Era casi imposible guardar un secreto. Especialmente uno que implicara una relación con un hombre. Gemma lo descubrió de la forma más difícil posible a la mañana siguiente de su encuentro con James en el jardín la noche anterior. Sólo Mary, su dama de compañía, sabía que se había encontrado con él en los laberínticos jardines de la finca de campo de su padre. Aun así, no se le había escapado esta mañana que su madre tarareaba mientras rompían el ayuno y la observaba con un brillo malicioso en los ojos.

James llegó a la ciudad anoche, ¿lo sabías, Gemma, querida? preguntó su madre mientras untaba mermelada de naranja sobre una rebanada de pan tostado.

Santo cielo, ¿aquí no hay secretos? Gemma se mordió el labio antes de contestar.

¿Lo hizo? ¡Qué maravilla! Supongo que hoy asistirá a la fiesta de Lady Greenley.

La puerta pintada de blanco de su pequeña sala de desayunos se abrió y el padre de Gemma, John Haverford, entró a grandes zancadas, con un periódico bajo un brazo y un montón de cartas en el otro.

Buenos días, corazón se acercó a su madre y le besó la mejilla antes de guiñarle un ojo a Gemma. ¿Has dormido bien, Gemma?

Sí, papá, ¿y tú?

Oh sí. Estuve a punto de dar un paseo por los jardines, pero lo pensé mejor. Hacía buen clima, ¿verdad?

Ella tragó con fuerza, ahogándose con el trozo de huevo que acababa de meterse en la boca. ¿Su padre casi se había encontrado con ella y James en los jardines?

Gemma, estás sonrojada, ¿demasiado tiempo al sol esta mañana? la preocupación de su madre fue dulce, pero Gemma sabía que se desmayaría de golpe si adivinaba el verdadero origen del color exaltado de Gemma.

No, sólo caminé por los campos hasta el pueblo y volví, y no demasiado rápido fue una mentira, pero no una mala. En realidad, había corrido un poco por los campos antes de volver a casa. Le encantaba correr, había algo perverso y salvaje en dejar caer su tonta capota y esprintar por la hierba con la única compañía del viento. La noche anterior la había dejado de tan buen humor que no había podido resistirse a correr casi todo el camino de vuelta desde Midhurst hasta su casa esta mañana.

Creo que será interesante asistir hoy a la fiesta de Lady Greenley. Sospecho que habrá mucho de qué hablar sobre el glorioso regreso de alta mar del señor Randolph y el señor Holland su padre rio y se sentó a la mesa frente a su madre. Cogió un par de gafas de montura plateada y se las colocó en la punta de la nariz para poder leer el periódico que había extendido junto a su plato.

Desde luego coincidió su madre. Este pueblo sí que sabe cotillear, ¿verdad? soltó una risita.

El pequeño pueblo de Midhurst apenas contaba con setecientas personas y, naturalmente, todo el mundo sabía *todo* acerca de los demás. Desde Lady Edith Greenley, de setenta y cinco años, el nivel más alto de la sociedad de Midhurst, hasta la familia de granjeros más pobre, había pocos secretos, por no decir ninguno. Gemma lo sabía mejor que nadie, así que decidió mantener la boca cerrada como James le había pedido. Estaba emocionada por verlo hoy en la Fiesta del Jardín.

Todos los años Lady Greenley celebraba una fiesta en el jardín, a la que invitaba a toda la alta burguesía local y a algunas de las familias de comerciantes más acomodadas. Se contaban chismes, se bebía té, se devoraban bollos y panecillos y se anunciaban compromisos. Sentía un inconfundible sentimiento de orgullo en el pecho al saber que por fin podría contarse entre las afortunadas que habían conseguido un compromiso. Por supuesto, el secreto de su próximo compromiso la había emocionado más de lo prudente. Casi rebotó sobre sus talones como un spaniel ansioso mientras terminó de desayunar. Después de eso, se apresuró a ir al piso de arriba donde Mary la ayudó a vestirse.

Buena suerte, señorita Mary le guiñó un ojo. Y no se meta en muchos líos, ¿me oye? Me temo que su cabello no aguantará mucho alboroto con este estilo.

Gracias, Mary soltó una risita. James tendría que comportarse mientras estuvieran en la fiesta, nada de escabullirse, por mucho que ella quisiera hacer precisamente eso si él lo intentaba. No estaría bien volver a la fiesta con un aspecto totalmente comprometido, aunque el compromiso se anunciara hoy.

¿Hablará el señor Randolph con su padre? preguntó Mary y le entregó una capota con preciosos lazos azules que colgaban en rizos de seda.

Yo... sinceramente, no lo sabía. Tendría que hacerlo, ¿no? Pero tendría que hacerlo antes del anuncio, así que a menos que James se reuniera con su padre antes de la fiesta, podría no anunciar su compromiso allí. La idea era deprimente.

Mary le tocó suavemente el brazo.

No se preocupe, señorita. Estoy segura de que su joven lo tendrá todo planeado y como es debido.

Eso espero susurró y salió de su habitación para reunirse con su madre en la entrada de la casa y esperar a que su carruaje las llevara a casa de Lady Greenley. Dependía mucho de cómo fuera la fiesta y odiaba lo emocionada que estaba por volver a ver a James. Once años era mucho tiempo para esperar a que un hombre volviera a casa, un hombre al que amaba ferozmente, con cada parte de su cuerpo y de su alma.

Su madre le puso una mano tranquilizadora en el brazo para indicarle que dejara de inquietarse.

Cálmate, cariño, hoy será un buen día, lo sé.

Lanzando una mirada a su madre, intentó sonreír. Era el tipo de mujer que veía hilos de plata en cada nube oscura y podía encontrar la manera de endulzar cualquier tarta demasiado ácida. Gemma tenía un poco más de la naturaleza sardónica de su padre. En otras palabras, tendía a alterarse, no demasiado, por supuesto, pero lo suficiente de vez en cuando como para que su madre tuviera que recordarle que no fuera tan inquieta con sus preocupaciones.

Mamá, ¿crees que James...? se miró a sí misma, tratando de ver cómo se vería desde su punto de vista.

Los ojos de su madre brillaron.

Lo hará no tuvo que decir nada más. A veces, las madres tenían esa extraña habilidad de ver

hasta los pensamientos más íntimos de sus hijos.

Eso espero se respondió más a sí misma que a su madre, y volvió a estudiar su aspecto. Llevaba su mejor vestido de muselina y se había arreglado el cabello a la respetable moda helénica. Pero tenía que hacer caso de la advertencia de Mary y no dejar que James la despeinara demasiado.

El carruaje se detuvo frente a la entrada y su padre apareció justo a tiempo para ayudarla a ella y a mamá a entrar. Mientras se acomodaba en su asiento, cogió su reticule. En su interior guardaba la venda. Era una muestra de la pasión que James y ella habían compartido. Se sentía un poco tonta, pero nunca había estado tan feliz, tan *enamorada*. Sin la presencia de James, Gemma dedicó su mente a otros pensamientos, más concretamente a las cartas que él le había escrito.

Durante los primeros años de su ausencia, sus respuestas habían sido dispersas y breves en cuanto al tema, lo que ella había atribuido a su caótica vida en el mar. Pero en los últimos años su ritmo y extensión habían cambiado. Su caligrafía había mejorado, así como su capacidad de expresión. Ella había empezado a esperar con impaciencia sus cartas mensuales, en las que escuchaba divertidas anécdotas sobre sus compañeros marineros y desgarradoras aventuras en tierras extranjeras. Su prosa había sido a menudo poética y profundamente romántica hacia los últimos años de sus cartas. Había sido un cambio tan drástico pasar de los pensamientos mal expresados de un muchacho que iniciaba el viaje de su vida a un hombre que había vivido una vida llena de emociones y había aprendido mucho sobre sí mismo y sobre sus semejantes. La vida en el mar había hecho madurar mucho a James y ella nunca había estado tan dispuesta a entregarse a él en todos los sentidos.

Esperaba que él viera el matrimonio como la siguiente gran aventura. Que el amor y, algún día, los hijos, pudieran llenar un vacío que él aún no había satisfecho en su vida. Era algo que anhelaba, pero sólo con él, no con ningún otro hombre. Nadie más la entendía como él, la escuchaba cuando hablaba de cosas, y cuando estaba de acuerdo o en desacuerdo, la discusión era siempre inteligente, franca y completamente desprovista de temores sobre lo que pensaría el otro. Por supuesto, esto sólo había sido a través de cartas, pero sabía en lo más profundo de sus huesos que el hombre de las cartas sería igual de maravilloso en la realidad. Se habían convertido en compañeros en sus pensamientos, y ahora deseaba más que nada convertirse en compañeros por completo en la vida.

El carruaje tomó un estrecho camino a través de la cañada boscosa y pasó el pueblo hasta llegar al otro lado de Midhurst. Atravesando otro pequeño bosque, el vehículo retumbó al doblar una curva y una amplia extensión de belleza dejó atónita a Gemma. No importaba cuántas veces viera las tierras de Lady Greenley, siempre se asombraba del efecto que le producían.

La casa de arenisca tostada estaba en lo alto de una colina, y las numerosas ventanas reflejaban los rayos del sol del mediodía, haciendo que los cristales parpadearan y centellearan como diamantes lejanos. Debajo de la casa había un gran lago cuyas aguas bailaban con la ligera brisa, y los juncos dorados de la orilla se agitaban de un lado a otro en lentas ondulaciones. Un gran césped conducía a un laberinto ajardinado muy parecido al del jardín de su casa, y coloridas tiendas y mesas salpicaban ya el paisaje del césped a lo lejos, luciendo tan pequeñas que más bien parecían coloridas setas en las que se sentarían las hadas durante una fiesta a medianoche.

Cuando ella y sus padres llegaron a la entrada de la gran mansión de Lady Greenley, su mirada recorrió expectante la multitud que se aglomeraba en el vasto césped. No había rastro de James, ni siquiera de un hombre alto y de cabello oscuro que pudiera ser él. Tal vez estaba en lo profundo del jardín, esperando a que ella lo buscara, o tal vez llegara tarde porque a su caballo se

le había caído una herradura.

Una multitud salió del jardín y se reunió junto a las mesas de la entrada. Dos hombres altos estaban de espaldas a ella, hablando con sus vecinos de Midhurst. Reconoció enseguida su aspecto, ningún otro hombre de sus conocidos en esta pequeña ciudad tenía una apariencia tan llamativa. James y Jasper estaban aquí. *Por fin*. Los chicos de Midhurst habían vuelto a casa convertidos en hombres.

Contra todo su control, sonrió, plenamente, incapaz de contenerla.

James. Suspiró y volvió a sonreír como una niña tonta todavía en el aula.

Gemma, tu madre y yo nos vamos a las mesas de té, nos reuniremos contigo más tarde su padre le guiñó un ojo antes de sujetar suavemente el brazo de su esposa, metiéndolo entre el suyo mientras la conducía a la tienda más cercana, donde un atribulado joven lacayo preparaba el té para los invitados agrupados a su alrededor.

Su padre, que ya no era un jovencuelo, aún conservaba los vestigios de su atractivo juvenil, al igual que su madre. Como pareja, los padres de Gemma lucían encantadores juntos. Inclinaron la cabeza el uno hacia el otro y susurraron en voz baja. Llevaban treinta y un años casados y seguían siendo tan cariñosos y afectuosos como siempre. Tenían el tipo de amor y matrimonio que nace de años de amistad, pasión y, ahora, profundo amor. Ella había tenido la suerte de crecer en una casa así, acogida con tanto amor.

¡Gemma, querida! gritó una voz femenina familiar.

Lily Becknell, una de sus amigas más queridas, caminó hacia ella. Lily era la verdadera belleza de la ciudad, con su cabello rubio y sus ojos azules, y una suave figura femenina que atraía la admiración de todos los hombres a su paso. Junto a Lily venía una mujer más baja, de cabello negro y pequeños ojos negros brillantes. A Gemma le hizo pensar en una rata que había visto una vez en los jardines, de ojos negros pequeños y brillantes y dientes rechinantes. Se estremeció al recordarlo. La desconocida le dirigió a Gemma una sonrisa calculadora que la hizo sentirse incómoda. No fue el tipo de mirada que una joven debería dirigir a otra, no si se suponía que iban a mantener una relación amistosa.

¡Lily! ¿Cómo estás? le dio la mano a su amiga y sonrió amablemente a la otra mujer.

Gemma, ella es la señorita Arabella Stevens. ¿Recuerdas al señor Stevens, que vive a unos kilómetros al norte de Randolph Hall? Es su sobrina le informó su amiga.

¡Oh, sí, por supuesto! Señorita Stevens, encantada de conocerla saludó con auténtica calidez. Tal vez la mujer era agradable una vez que uno se familiarizaba con ella. Pero quizá no. Gemma se mordió el labio para disimular que fruncía el ceño.

La otra mujer sonrió, pero no fue exactamente una expresión amistosa la que mostraba su rostro. Había algo casi vicioso en el brillo feroz de sus ojos oscuros y su sonrisa revelaba unos dientes que parecían apretados entre sí, como si estuvieran muy disgustados. Era imposible que Gemma dejara de imaginarse a aquella rata en el jardín cuando veía a aquella mujer.

Es un placer conocerla, señorita Haverford contestó Arabella, sus labios color capullo de rosa se apretaron en una pequeña mueca.

Dejando a un lado los ojos y los dientes de rata, tuvo que admitir que era atractiva y de aspecto delicado, nada que ver con ella, de figura más rellenita y cuerpo más alto. Su padre solía llamarla la pequeña Diana por su belleza y su aspecto fuerte, como la diosa de la caza. Pero los hombres no querían mujeres así, sino flores pequeñas y delicadas que dependieran de ellos para protegerse. Sin embargo, eran tontos si jugaban con esas flores, porque a menudo tenían las espinas más afiladas. Y Arabella parecía muy espinosa, al menos para Gemma.

Debería avergonzarme de ser tan mezquina en mis pensamientos. Lo sabía, pero no podía

evitar pensar en ellos. A veces una persona simplemente no le parecía auténtica y eso siempre la molestaba.

Lily irrumpió entre los erráticos pensamientos de Gemma.

¿Has visto al señor Randolph y al señor Holland? Están justo ahí, hablando con Lady Greenley hubo una pizca de picardía en el tono de Lily. Ella y sólo ella, fuera de Gemma, sabía acerca del entendimiento con James.

Yo no... volvió a girar la cabeza hacia los dos hombres altos, enormemente distraída por sus hermosas figuras. La forma en que sus abrigos azul marino y sus pantalones de piel de ciervo se amoldaban a unas figuras tan fuertes y atléticas. Un pequeño escalofrío la recorrió al recordar cómo había tocado los músculos de James, en especial los de sus muslos, y cómo se sentía al apretarlos mientras experimentaba una interminable oleada de placer ante las manos expertas de él.

James vino en mi carruaje, con mi tío, por supuesto añadió Arabella a la conversación y Gemma volvió la cabeza hacia ella. ¿Por qué creía esta mujer que podía tener tanta familiaridad con James, cuando sólo ella tenía ese derecho?

Sí, ha sido muy amable al proporcionarle ese transporte añadió Lily con diplomacia. Gemma decidió creer lo que deseaba, que Arabella *no tenía ningún derecho* sobre James. Tal vez su tío vivía cerca de la casa de la familia de James, y se ofreció a llevarlo por amabilidad.

Sí, *eso era*. No pudo evitar sonreír. Todo iría bien, iba a ver a James. Se volvió hacia su amiga, buscando cualquier información sobre James, pero tendría que preguntar también por Jasper, para evitar cualquier especulación por parte de Arabella de que ella y James tenían un entendimiento.

Bueno Lily, ¿qué te han parecido? ¿Han mejorado mucho con respecto a esos chicos tan majos de nuestra juventud que solían tirarnos de las trenzas y meternos ranas en los bolsillos de nuestros delantales? ignoró a Arabella ahora, ansiosa por escuchar lo que Lily tenía que decir sobre los dos hombres pródigos de Midhurst.

Lily sonrió disimuladamente y se inclinó hacia ella de forma cercana y conspiradora.

Nunca has visto un par de hombres tan finos. Si no me hubiera casado con mi Henry el año pasado, estaría poniendo mis señuelos para pescar a uno de ellos le guiñó un ojo y Gemma reprimió una carcajada. Lily siempre se había metido en discusiones con los chicos cuando habían sido más jóvenes, mientras que Gemma había intentado ansiosamente alcanzarlos cuando los jóvenes habían salido corriendo con sus piernas mucho más largas. La mera idea de que Lily se casara con alguno de los dos apuestos hombres era graciosa. Pasaría demasiado tiempo discutiendo con ellos si uno llegaba a convertirse en su marido.

¡Oh, de verdad, Lily, eres demasiado! sonrió y se mordió el labio, mirando de nuevo por encima del hombro de Lily hacia el par de hombres.

Date la vuelta James, quiero verte, suplicó en silencio. *Déjame ponerle cara a los sueños que he tenido durante años. Déjame ver los labios que despertaron tanta pasión anoche.*

El chillido de Lady Greenley sacó a Gemma de sus pensamientos.

¡Tú, Haverford! ¡Ven aquí inmediatamente! su cabeza con capota se balanceó de arriba y abajo cuando saludó a Gemma y le exigió que acudiera a ella como un general del ejército de Su Majestad. La anciana, pero formidable Lady Greenley estaba de pie cerca de los dos hombres, quienes se volvieron ante su grito para ver a Gemma.

Su corazón se detuvo y aspiró aire en sus ardientes pulmones después de lo que parecieron siglos de estar congelada en el tiempo. Era curioso, nunca en su vida le había ocurrido algo así, pero ver los rostros de James Randolph y Jasper Holland después de once años... Su mundo giró

sobre su eje, como si fuera un planeta celeste que se movía en su órbita, lanzado en espiral al ver a aquellos hombres. Uno al lado del otro, casi de la misma altura, orgullosos y fuertes en apariencia y comportamiento. Y ambos la miraban directamente, con la misma curiosidad por verla que ella por verlos a ellos.

El parecido entre los dos hombres era asombroso. Sólo sus recuerdos infantiles se atrevían a encontrar diferencias entre los rostros varoniles que se volvían hacia ella. James tenía los labios más carnosos, sonreía más rápido, pero Jasper, tranquilo, calmado, Jasper tenía ojos como el caramelo líquido, que ardían con tanta fuerza cuando la miraba fijamente que su mente simplemente se quedaba en blanco de todo pensamiento.

Un rápido juego de emociones inescrutables bailó en sus ojos, rozó ligeramente su boca como si estuviera a punto de sonreír, pero se contuvo. ¿Por qué iba Jasper a sonreírle? Cuando era niño siempre la había evitado y más de una vez le había gritado groseramente que era un estorbo y que debería irse a casa a practicar bordado y dibujo en vez de salir a pasear por las cañadas boscosas tras él y James.

No es que le hiciera caso. Casi sonrió de vuelta a Jasper. Sentía el extraño impulso de provocarlo, de desafiarlo por atreverse a sonreírle.

¡Ahora Haverford! Podría desplomarme y morir esperando a que me honres con tu presencia espetó Lady Greenley, golpeando el suelo con la punta de su sombrilla cerrada. Se excusó de Lily y Arabella y caminó rápidamente hacia lady Greenley. Intentó no mirar fijamente a los hombres cuando los alcanzó.

¿Qué puedo hacer por usted, Lady Greenley? preguntó.

¿Puedo contar con usted para que me rescate de estos jóvenes revoltosos? Llévelos por el jardín y procure que no escandalicen a mi fiesta, ¿quiere? le exigió a Gemma, con un brillo malvado en los ojos grises de la anciana. Con sus modales astutos y siendo bastante bulliciosa para su edad, nadie se atrevía a llevarle la contraria.

Por supuesto, Lady Greenley respondió cortésmente.

Ambos hombres le sonrieron. La atención directa tanto de James como de Jasper le calentó la piel con un vergonzoso rubor. No había nada decente en ninguna de sus miradas. Podía entender una mirada así de James, después de lo que habían compartido, pero ¿Jasper? No debería estar contemplando su figura con una mirada de aprecio tan atrevida como la que tenía en ese preciso momento.

Lady Greenley observó este extraño triángulo de miradas con una ceja arqueada por el interés, y Gemma creyó ver que la anciana ocultaba el inicio de una sonrisa bajo su ridícula capota vanidosa. Mientras que la mirada de James parecía delinear cada curva de su cuerpo con especulación, la de Jasper tenía el profundo barrido sensual de tal fuerza que ella casi sentía sus *manos* acariciándola en lugar de sus ojos... fue una mirada cómplice, como si supiera exactamente cómo la carne de sus pechos se tensaría, sus piernas temblarían y su respiración se aceleraría bajo su contacto...

¿Es realmente usted, señorita Haverford? exclamó James con una amplia sonrisa y una profunda reverencia. No sirvió de mucho para disipar el cautivador encanto de la acalorada mirada de Jasper, que la distrajo de James.

Gemma forzó una suave carcajada y dejó que James le cogiera la mano y se la besara, pero el hormigueo del contacto que esperaba no se produjo. Su voz no parecía la misma de la noche anterior, tal vez porque estaba disimulada por su tono susurrante...

Señor Randolph, señor Holland, me alegra ver que ambos han regresado a Midhurst con buena salud su mirada fue extrañamente atraída hacia Jasper, quien la observaba profundamente

concentrado y ella no sabía qué hacer con su escrutinio. Se mordisqueó el labio inferior, estudiando intensamente a Jasper. Tenía los hombros anchos... un poco más que los de James, ahora que los comparaba con tanta diligencia.

James le soltó la mano y miró entre Jasper y ella, con una ceja levantada.

Eh... estamos muy contentos de estar en casa, señorita Haverford añadió James, intentando llamar de nuevo su atención. Veo que Midhurst te ha tratado bien estos años, Gemma su voz se hizo más profunda, pero aun así, no apartó la mirada de Jasper.

¿Era posible tener una batalla entre un hombre y una mujer basándose sólo en el contacto visual? Se sentía como si estuviera luchando contra este hombre, lo que no podía entender era por qué. Sus labios se crisparon, sus ojos se entrecerraron y su corazón dio un pequeño y extraño vuelco en su pecho cuando la mirada de él bajó, centímetro a centímetro para centrarse en sus labios.

Somos extraños, después de todos estos años. No debería sentirme fascinada por él.

Sin embargo, cuando le habló, su cuerpo respondió con una aterradora emoción de reconocimiento.

Luces bien, *Gemma* la forma en que acarició su nombre... ella palideció de repente. ¡Esa voz! La voz de Jasper era la voz en el jardín, la voz que pertenecía al cuerpo que...

¡No, no! *Él no podría ser el hombre al que yo...* Se tambaleó cuando una nube pareció cubrir su mente y no pudo controlar las piernas lo suficiente como para mantenerse en pie.

¡Ahora lo habéis hecho, granujas! Habéis asustado a la chica. ¡Qué vergüenza! Lady Greenley golpeó a Jasper en el pecho con la punta de su sombrilla.

Jasper gruñó por el impacto de la sombrilla en su chaleco azul marino y se dobló como si le doliera. James se agachó cuando la sombrilla de Lady Greenley voló por los aires donde momentos antes había estado su cabeza.

¡En guardia, demonios! gritó Lady Greenley. gritó Lady Greenley, agitando la sombrilla como un sable mientras avanzaba para continuar el ataque.

Los dos hombres se controlaron y esbozaron sonrisas en dirección a Gemma y miradas de divertido terror a la vieja y loca hacha de guerra antes de dar media vuelta y correr hacia el jardín, como lo haría cualquier canalla sensato que se viera amenazado por una mujer como ella apuntándoles a la yugular con una sombrilla. Una vez que Lady Greenley los hubo derrotado claramente, al menos lo suficiente como para que buscaran refugio seguro en su jardín, Lady Greenley se volvió hacia Gemma, quien aún se estaba recuperando.

A ver, Haverford, ¿qué es toda esta gilipollez? Dime qué es lo que te ha puesto nerviosa preguntó la anciana en un susurro omnisciente. Si Gemma no hubiera crecido rodeada de Lady Greenley, su atrevida vulgaridad le habría resultado chocante y no divertida. Pero, al fin y al cabo, así era ella y nadie se sorprendería de su comportamiento salvaje después de conocerla por poco tiempo.

Era demasiado lista para su edad y veía demasiado. Gemma sacudió la cabeza, no quería decir ni una palabra de lo que había descubierto, sobre todo si esas palabras se extendían, como solía ocurrir en Midhurst. Aún no se lo podía creer. Jasper, y no James, se había reunido con ella en el jardín, la había engañado, la había comprometido... ¿Por qué? ¿Cómo? Un millar de preguntas golpeaban en su mente con tal rudeza que hicieron que sus ojos dolieran y los cerró, frotándoselos con las puntas de los dedos enguantados durante unos instantes mientras luchaba por recuperar la compostura.

Si James supiera la verdad, supiera que se había visto comprometida por otro hombre, nada menos que su mejor amigo... supiera que había sido Jasper quien la había besado, quien la había

tocado... No importaba que pensara que había sido James todo el tiempo, él no la perdonaría.

La furia hirvió en su interior. Recordaba perfectamente haber dicho "James" en el jardín, varias veces, y su "amor" no la había corregido. ¡Había querido que creyera que era James! Lady Greenley tenía razón. Jasper, al menos, era un pícaro. No uno de los buenos tampoco, no del tipo por el que una mujer suspiraría y se desmayaría para luego susurrarlo entre risitas a sus amigas. Pero Jasper no. Era del tipo que acabaría en un campo de duelos, probablemente fusilado por haber robado la virtud de la futura esposa de su mejor amigo. Una oleada de náuseas le siguió a su furia agitada.

Disculpeme Lady Greenley, tengo un hombre al que estrangular gruño en voz baja y se puso en marcha hacia el jardín donde había visto huir a ambos hombres. Iba a encontrar a Jasper y romperle su maldito cuello. Después de eso, iba a llorar durante mucho, mucho tiempo.

¡Recuerda querida, usa ambas manos, les corta el aire más rápido! el consejo de Lady Greenley resonó a través del césped cuando Gemma atravesó la entrada del jardín. En cualquier otro momento de su vida, le habría fascinado quedarse a escuchar cómo había adquirido tan útiles conocimientos sobre el estrangulamiento de pícaros, pero hoy no.

Los jardines de Greenley eran amplios, con una enorme variedad de laberintos y gazebos que marcaban varios puntos de los jardines. Era fácil perderse, sobre todo si uno estaba enfadado como lo estaba Gemma. Dio varias vueltas en falso y tropezó con James, quien charlaba en voz baja con Jasper cerca de un gazebo de encaje blanco. Sus cabezas estaban muy juntas mientras susurraban, con los hombros cuadrados y los brazos cruzados, en esa postura que adoptan los hombres cuando no hay ninguna mujer cerca para fruncir el ceño ante tan descaradas muestras de masculinidad. Los dos lucían demasiado atractivos y desenvueltos mientras compartían suaves risitas y sonrisas. Gemma despreciaba que la dejaran fuera de ese círculo de amistad que compartían; en cualquier otro momento habría dado su pierna izquierda por saber lo que decían. Ahora mismo, quería estrangularlos a los dos.

¿Señorita Haverford? preguntó James, con los labios ligeramente curvados al verla. Gemma intentó sonreír, pero se borró rápidamente. ¿Cómo iba a hacerlo? Tenía que decírselo. No seguiría comprometida en secreto con un hombre cuando había mentiras entre ellos. Tenía que saber qué clase de hombre era su mejor amigo.

¿Puedo hablar con usted, señor Randolph? ¿En privado? preguntó, tratando de mantenerse fría y tranquila. No lo consiguió. Sus manos temblaban, y sus pulmones parecían no poder tomar suficiente aire.

Eh... sí, por supuesto se acercó a ella, dejando a Jasper solo recostado contra el gazebo, observándolos con ojos caídos. Deseó que Jasper se fuera, lejos, donde no tuviera que volver a verlo nunca más. Pero no fue así. El hombre se quedó donde estaba, observándola con una sonrisa burlona.

¿Usted... vino a mi casa a hacerme una visita anoche? formuló la pregunta con cuidado. Aún cabía la posibilidad, aunque fuera infinitesimal, de que hubiera sido James y no Jasper, después de todo eran tan parecidos. Sólo tenía que estar segura.

¿Pasar por su casa? No, me temo que no... ¿por qué? la sospecha oscureció sus ojos y ensombreció su rostro.

Oh, por nada dijo rápidamente, intentando sonar indiferente.

James la cogió de la mano.

¿Esperaba que viniera a verla?

Bueno, en su última carta dijo que lo haría, incluso envió esto... cogió el paño bordado con estrellas negras y plateadas y se lo tendió. Él lo cogió, deslizándolo sobre sus dedos, con una mueca grabada en sus labios carnosos. Labios que ella no había besado la noche anterior.

Oh, Dios, esto no puede estar pasando. No pude haber besado a Jasper.

Yo no le he enviado esto... ¿quién se lo ha dado? exigió con brusquedad, con la cara

enrojecida y los puños apretados. ¿Otro hombre te ha estado enviando cartas y regalos? Lo mataré.

Yo... ¿Cómo podía ser tan estúpida? Se lo había dejado ver y ahora todo el incidente se había convertido en su culpa. Su respuesta casi violenta la hizo dar un paso atrás.

¿Quedó con alguien anoche? le preguntó, curvando el labio con un suave gruñido.

Su corazón se hundió hasta los dedos de los pies.

No, yo...

James le devolvió el paño.

Veo la mentira en sus ojos, señorita Haverford. No puedo unirle a alguien que claramente ha estado con otro hombre y ha mentido al respecto. Hace que me pregunte en qué más ha mentido se inclinó hacia ella, con los ojos entrecerrados.

¡Pero yo no he mentido! Vine aquí a preguntarle la verdad, ¡la carta estaba firmada con su nombre! ¿Cómo iba a saber que no era suya? quería golpearlo, golpear al arrogante hombre justo entre los ojos, por suponer que lo traicionaría a él y a su amor, un amor en torno al cual había construido sus sueños y su futuro. El corazón se le partió en dos y cada fractura le oprimió el pecho de dolor.

Mentira o no, ha concedido sus atenciones a otro hombre, tengo poco interés en casarme con una criatura engañosa como usted... sin embargo sus fríos ojos se volvieron a calentar cuando estiró la mano para tirarle de un mechón de cabello antes de dejar caer los dedos hasta su garganta. Estaría más que dispuesto a ofrecerle compañía cuando se canse de ese otro hombre.

Sus palabras la golpearon como la sombrilla de Lady Greenley, justo en el estómago, dejándola sin aliento. Le apartó la mano de un manotazo y retrocedió un paso. ¿Quería acostarse con ella, pero no casarse? ¿Quién era este hombre? No era el hombre al que había escrito cartas de amor durante once años... James Randolph era un extraño cruel y despiadado.

Soy una mujer honorable, y usted me deshonor con sus acusaciones y sus... *ofertas* añadió a falta de una palabra mejor. Se odió a sí misma por la forma en que le tembló la voz cuando dio otro paso atrás para alejarse de él. Se iba a volver loca si tenía que pasar un minuto más cerca de este hombre.

Como quiera, señorita Haverford contestó casi enfadado y se marchó, dejándola sola.

¡James, espera! gritó, pero ya se había ido. ¿Debería correr tras él? ¿Qué podía decir para borrar la mirada acusadora de sus ojos o sus propios deseos condenatorios hacia el hombre al que había besado en su jardín? Nada... y lo que es más... *realmente* no quería hacerlo. No había nada más que decirle, no después de que le revelara su verdadera naturaleza. En lugar de escucharla explicar lo sucedido, le había hecho una oferta escandalosa y francamente repugnante para tomarla como amante. El hombre al que había amado durante tanto tiempo era un bruto cruel e insensible.

Sus ojos se llenaron de lágrimas, no lo había sabido, no había querido deshonorarse a sí misma ni a él. Cómo había podido simplemente alejarse de ella, después de tantos años... no era justo. Esa horrible nubosidad parecía llenar su cabeza de nuevo y no podía respirar...

¿Gemma? una voz masculina preocupada, una que reconocía demasiado bien, la sacó de su hechizo y la llenó de fría furia.

Se giró lentamente para ver a Jasper aún apoyado en el gazebo, pero parecía dispuesto a ir directamente hacia ella si se caía. Su atractivo rostro estaba ensombrecido por una emoción que no podía leer; era algo entre ira, lujuria y preocupación, si tan solo pudiera interpretar el fuego de sus ojos y la línea fruncida de sus labios. Se enderezó y empezó a caminar hacia ella.

Mala suerte, Gemma se disculpó suavemente y empezó a marcharse.

Oh, no, no iba a marcharse sin más después de destrozar sus sueños tan maravillosamente planeados. A ningún hombre se le debería permitir marcharse después de un crimen así.

¡Tú! ¡Fuiste tú! siseó, agarrándolo del brazo y obligándolo a girarse y mirarla. Los músculos de su brazo, cubiertos por la chaqueta, aún estaban calientes bajo su mano enguantada. Su contacto la sorprendió y lo soltó de inmediato.

No sé de qué estás hablando dijo Jasper, pero sus ojos marrones caramelo eran penetrantes.

Normalmente comedida y reservada en sus modales, no pudo contenerse más. ¿Qué tenía este libertino en particular que la convertía en una pagana desbocada llena de ira y deseo?

¡No me mientas, Jasper Holland! lo sacudió por los hombros con bastante violencia, sin importarle haber violado las reglas al pronunciar su nombre de pila. Su muestra de violencia no lo afectó en absoluto, más bien parecía impasible, un mar de hielo comparado con el infierno que ardía en el interior de Gemma. Sin embargo, no había frialdad en sus ojos, eran ardientes como la miel derretida y revelaban su precario control de sí mismo.

Cálmate, Gemma, eres una buena chica. No montes una escena le advirtió.

Cuando se movió para cogerla, dio un paso atrás, alejándose de él. En ese momento, si hubiera conseguido tocarla, lo habría abofeteado.

Gemma, vamos, debes controlarte.

¿Control? ¿Dónde estaba tu control anoche en el jardín? ¿Cómo pudiste!

No podía soportar verlo, así que se alejó y empezó a correr a ciegas. El sonido de él persiguiéndola, el chocar de los arbustos, la hizo correr mucho más rápido. Gemma chocó con un arbusto espinoso y las zarzas se clavaron en sus medias a la altura de los tobillos. Un grito de dolor entrecortado se escapó de sus labios, pero no tuvo tiempo de detenerse a sacárselas, porque en esa breve vacilación escuchó sus pies tronando tras ella.

Levantándose el vestido por encima de las rodillas, saltó por encima del arbusto que se le había enganchado y siguió corriendo.

Jasper profirió una maldición ahogada instantes después, cuando chocó con el mismo arbusto. Su corazón latía frenéticamente y su respiración entrecortada daba a este momento una emoción que le recordaba a la del jardín, cuando la había cogido por la cintura y la había tirado hacia él. No tenía ningún deseo de ser atrapada, y menos por aquel demonio de Jasper. Necesitaba que la persiguieran, sentirse deseada, después de la angustia que acababa de sufrir a manos de James. Necesitaba esto. Y, sin embargo, necesitarlo la hacía sentir terrible. Debería estar llorando y marchitándose, no huyendo del hombre al que había besado la noche anterior, el hombre con el que no iba a casarse.

Tras una carrera alocada, saltando por encima de macizos y esquivando setos, se detuvo en un pequeño claro. En el extremo más alejado de la fiesta había una caseta de jardín. Se metió en la polvorienta caseta llena de herramientas, tratando de encontrar algo con lo que asegurar la puerta tras de sí para poder quedarse sola. La pequeña caseta parecía haber sido abandonada. El polvo cubría todas las superficies y las ventanas estaban llenas de años de suciedad. Una abeja atrapada zumbaba contra la ventana, intentando escapar de nuevo al jardín. Una pequeña punzada de compasión la recorrió y deseó poder abrir la ventana para liberar al insecto, pero por el aspecto de la ventana, era de las que no se abrían.

Las dos estamos atrapadas, ¿verdad? murmuró a la abeja mientras ésta seguía chocando con el cristal.

Al otro lado de la ventana apareció Jasper, jadeando ligeramente, con su enorme pecho subiéndolo y bajándolo. Ese cabello imposiblemente oscuro, el cabello que ella recordaba haber tocado la noche anterior, estaba despeinado y alborotado por la persecución. Ella se agachó

detrás de los muros del cobertizo boscoso mientras él escudriñaba las demás entradas y salidas del jardín desde su ubicación. Cuando su cabeza giró lentamente en dirección a la caseta, Gemma contuvo la respiración, rezando para que no la viera escondida en las sombras del interior. Sus ojos se entrecerraron y se dirigió hacia el cobertizo con determinación.

¡Maldición! siseó y echó un vistazo frenético a la pequeña habitación.

Una azada de jardín oxidada y con mango de madera descansaba contra la pared en una esquina. La cogió y la levantó a la defensiva cuando Jasper irrumpió tras ella. Balanceó la azada frente a Jasper, él se abalanzó hacia atrás y la puerta del cobertizo se cerró de golpe bajo la fuerza de su cuerpo, mientras esquivó el camino de la azada.

¡Gemma! ¿Qué demonios estás haciendo? Suelta esa maldita cosa, antes de que te hagas daño la reprendió, encarándola y levantando las palmas de las manos, intentando demostrarle que no iría a por ella. Volvió a abalanzarse sobre él, pero él se apartó de un salto, apenas fuera de su alcance.

¿A quién le importaría que me hiciera daño? Ciertamente no a James, ¡te aseguraste de eso! estaba perdiendo ese fuego de odio contra él y en su lugar había desesperación. Una desesperación espesa, empalagosa y asfixiante por todo lo que había perdido.

Sus cálidos ojos le suplicaban que se calmara, pero todo lo que quería era borrar lo que había pasado la noche anterior. Borrar cada beso, cada caricia que Jasper le había dado. ¿Por qué no podía olvidar los placeres indescriptibles que él le había dado con sus manos y su boca? Eran recuerdos que no debía tener, que no debía añorar... Todo lo que se atrevía a recordar era una traición a su corazón, una traición al hombre que le había escrito durante once años. James debería haber sido el hombre con el que se reunió anoche en el jardín.

Jasper esquivó otro golpe de la azada y la arrancó de sus manos temblorosas. La dejó fuera de su alcance, junto a la puerta de la caseta. Luego se volvió para observarla, frunciendo las cejas. Gemma inspiró lentamente, sintiendo cómo se le llenaban los ojos de lágrimas.

Todo se está desmoronando. Ni siquiera puedo escapar del hombre que arruinó mi vida.

No llores, Gemma querida. No soporto ver llorar a una mujer dijo Jasper, con una voz extrañamente áspera, como si tuviera algo atascado en la garganta. Dio un paso hacia ella, sus botas negras hicieron un suave ruido al raspar el suelo de piedra gris de la pequeña caseta.

Se recostó contra la pared más alejada de él, utilizando sus manos para apoyarse detrás de su espalda cuando se inclinó un poco, aspirando con dificultad. Intentó encontrar las palabras adecuadas para responder.

¿Cómo no voy a llorar por lo que he perdido? Todos mis sueños, mis esperanzas... me has *arruinado*. ¿No podrías decirle la verdad a James, convencerlo de que me acepte de nuevo? suplicó en voz baja. El cabello oscuro de Jasper brillaba a la tenue luz de la caseta y negó lentamente con la cabeza.

¿Que James aceptara de nuevo Gemma? Eso era lo último que él quería. También era lo último que James quería. Ahora tenía los ojos puestos en Arabella y pronto anunciaría su compromiso.

No, él no escucharía ninguna excusa, no importa de quién fueran los labios que se hicieran de rogar. Él no es el hombre para ti de todos modos, hay *mejores* hombres por ahí. Hombres que te amarían hasta enloquecer, que querrían pasar todas las noches en un jardín contigo. Olvídate de James. Me lo agradecerás más tarde rezó para que entendiera algún día que su engaño la ayudaría. Le había dolido traicionarla como lo había hecho, ella era tan condenadamente

encantadora, tan perfecta en tantos sentidos, y saber que le había arrebatado sus sueños le dolía tanto como a ella. En cuanto volviera a abrir su corazón, él estaría allí para reclamarla.

Por favor, Jasper... suplicó en voz baja, su dulce voz como el trino asustado de un pájaro lastimero. El dolor desgarrador de sus ojos lo mató. Era una mujer fuerte y la había destrozado.

Maldita sea, deberían colgarme por lo que he hecho.

No serviría de nada... repitió, deseando por su bien que no llorara.

Lo hizo. Las lágrimas brotaron primero, brillando en sus ojos como joyas resplandecientes, luego los hombros temblorosos y, por último, el sonido ahogado en su pequeña garganta.

Lo rompió en mil pedazos, esparciéndose como polvo en la brisa. Todo el frío control que había mantenido con uñas y dientes desapareció.

Gemma intentó rodearlo, huir de los confines aislados de la pequeña caseta del jardín. Era un espacio demasiado íntimo para compartirlo, no mientras la desesperación de ella y el deseo de él hacían estragos en ambos. Sus cuerpos se rozaron, quebrando su control con la suave promesa de lo que sentiría al abrazarla, al aliviar su dolor.

Él le cerró el paso hacia la puerta, pero intentó escabullirse hacia la izquierda, con una mano temblorosa y enguantada tratando de alcanzar el picaporte de hierro, pero él levantó las manos bloqueando su camino hacia la libertad. En cuanto le rodeó la cintura con los brazos, ella se abalanzó sobre él con los puños cerrados, golpeándole el pecho. Sin embargo, los golpes no le dolían y la dejó golpear, mereciéndose cada puñetazo que le daba.

Gemma, lo siento, de verdad *descarga tu ira en mí, pequeña, seguiré aferrándome a ti por el regalo que eres*. El regalo que deseaba poder reclamar ahora. Saber que no podía, creó un dolor agudo dentro de su pecho. Ella necesitaría tiempo para asumir lo que había pasado con James, y él aún tenía el problema de su confesión con las cartas. No quería decírselo, pero sabía que tenía que hacerlo. Estaba condenado de cualquier manera.

¿Cómo pudiste? ¿Cómo pudiste hacerme esto? ¡Te odio! ¿Me escuchas? Te odio, Jasper siseó, clavándole los dedos en el pecho, arañando inútilmente su cuerpo perfectamente protegido. Su voz había subido de tono cuando gritó su última declaración. Jasper suspiró, agradecido de que hubiera huido a un lugar donde nadie pudiera encontrarlos... ni escucharlos.

La estrechó más contra él, abrazándola con firmeza, pero con suavidad, mientras lloraba hasta quedar exhausta. Tenerla entre sus brazos se sentía tan bien. Sabía que no debería estar pensando eso, y no sólo porque era él quien la había hecho llorar. Esta mujer era demasiado buena para un hombre como él. Había hecho muchas cosas en su vida de las que no estaba orgulloso. Había matado a hombres en el fragor de la batalla, había visto a sus amigos volar en pedazos cuando las balas de cañón estallaron sobre las cubiertas de su barco.

Cada minuto que había estado luchando por su vida, intentando salvarse a sí mismo y a su tripulación de morir, ser capturados o ahogados, había sido esta mujer en sus brazos la que lo había mantenido con vida. Había luchado por seguir vivo gracias a ella. Sus cartas le habían dado valor y fuerza. Antes de cada batalla en el mar, había envuelto sus últimas cartas en un paquete plano y las había asegurado contra su corazón bajo la camisa y el uniforme. Como un tonto romántico, había querido tener ese pedacito de ella cerca de él, en caso de perecer.

Y ella nunca sabrá, nunca podrá saber cuánto la necesité estos últimos años. Cómo me salvó la vida simplemente escribiéndome. Y yo soy el maldito bastardo que la arruinó porque no pude decirle que no a James.

Lo había obligado a elegir entre él y Gemma. ¿Podía negarle al hombre que le había salvado la vida innumerables veces todo lo que le pedía y, a cambio, herir a la mujer que había llegado a querer más que a su propia vida? Un predicamento del diablo sin una respuesta fácil, excepto que

estaba condenado eligiera a quien eligiera. Y tenía la horrible sensación de que debería haber protegido a Gemma antes que a James, aunque eso no habría servido de nada. Le habría roto el corazón pasara lo que pasara porque no se dejaría enamorar por ninguna mujer, no cuando eso crearía una debilidad en él que pudiera ser explotada.

Se le hizo un nudo en la garganta y cerró los ojos, odiando que hubiera tantas mentiras entre ellos, mentiras que ella ni siquiera sabía que le había contado.

Ya está, shhh le dijo suavemente, susurrándole al oído. Cada pequeño sonido ahogado que escapaba de sus labios lo golpeaba más y más profundo. Por favor, cariño, necesito que te seques los ojos.

Si no dejaba de llorar pronto, él haría algo que ambos lamentarían y disfrutarían. Tendría que besarla y hacerla sonreír.

Jasper le acarició el cabello, mientras sus lágrimas empapaban su chaleco oscuro. No debería estar tocándolo, no debería dejar que la abrazara, pero su sola presencia, su cuerpo contra el suyo, la estremecía y la calmaba a la vez. Quería hundirse aún más en él, apretar cada centímetro de su cuerpo contra el suyo y dejar que su calor corporal la calentara.

Con un pequeño escalofrío, frotó su mejilla contra su chaleco, moqueando. Ese aroma seductor y masculino que la hacía pensar en el bosque, con un toque de sándalo y otro de cuero. Un aroma que la envolvía y la hacía sentir segura. Qué extraño que sintiera algo así por él. Segura con el hombre que acababa de destruir todo lo que había soñado tener. Pero era cierto, se sentía protegida por su abrazo, por la forma en que la acunaba contra su cuerpo.

Hacía tanto tiempo que nadie la había abrazado así. La última vez que recordaba haber estado tan protegida, había sido de niña. Se había raspado la rodilla al correr demasiado deprisa por un sendero pedregoso y se había caído. Su padre la había encontrado llorando. La había levantado, acunándola en el escalón delantero de la casa hasta que el dolor se había calmado y pudo dejar que le limpiara el pequeño rasguño. Era tan extraño que Jasper pudiera hacerla sentir segura. Pero no se sentía como una niña pequeña, no mientras él la abrazaba. La forma en que la tocaba la hacía sentir como una mujer, una que le importaba. Su corazón dio un pequeño vuelco cuando se dio cuenta de que estaba pensando en Jasper y no en James.

¿Tan voluble es mi corazón como para enamorarme de Jasper sólo unos minutos después de perder a James? Apretó las manos y trató de convencerse de que no era voluble, de que todo lo que había pasado no había cambiado su carácter en la última media hora.

Volvió a abrir los ojos, contemplando el polvoriento interior de la pequeña caseta, la espesa suciedad marrón que se deslizaba sobre la piedra gris bajo sus zapatillas y las botas de Jasper. Tenían los pies juntos en un pequeño patrón de bota, zapatilla, bota, zapatilla. Permanecían tan apretados el uno contra el otro que compartían la misma respiración, casi el mismo latido. Su falda se enredó entre sus pantalones de y él pasó los dedos por los rizos sueltos del cabello. De algún modo, esto le pareció más íntimo que lo que habían hecho la noche anterior en el jardín. ¿Sería porque ella había desnudado su alma y él podía ver cómo le sangraba el corazón? Gemma no pudo evitar preguntarse en qué clase de hombre se había convertido Jasper. ¿Cómo lo habían cambiado los años?

De niño siempre había sido distante cuando James había sido atento, pero entonces Jasper era un año mayor y el más dominante de la dupla. James había acaparado toda la atención por su encanto natural y Jasper había recibido toda la responsabilidad. Gemma había adorado a James

por sus sonrisas y sus travesuras infantiles, que la habían divertido y emocionado. No le había prestado mucha atención a Jasper, no cuando James la tiraba de los rizos y le escribía cartas de amor que colaba por la ventana por la noche trepando por el enrejado que había junto a su ventana. Pero, de algún modo, todo eso dejó de importar mientras Jasper la abrazaba ahora.

Jasper le había enseñado lo que era estar con un hombre, no con un chico, y las diferencias eran asombrosas. Quería más de lo que habían compartido en el jardín, los besos sin aliento, la salvaje carrera hacia el placer cuando él había deslizado la mano entre sus muslos y la había tocado en aquel lugar secreto.

Levantó la cabeza para mirarlo, para ver mejor la cara del hombre que la había llevado al borde del éxtasis la noche anterior. Ahora James estaba perdido para ella y sólo podía pensar en sentir la mano de Jasper sobre su muslo, deslizándose por su piel desnuda. Necesitaba volver a sentirlo. Jasper apretó un poco más las manos alrededor de su cintura y la miró con sus ojos deslumbrantemente brillantes.

Yo... nunca me había dado cuenta antes... susurró para sí misma, sin darse cuenta de que él la había escuchado, hasta que habló.

¿Darte cuenta de qué? su cálido aliento recorrió su piel como una brisa del sur, exótica y excitante.

Te pareces tanto a él, o mejor dicho, él se parece a ti... pero él es el grabado del aprendiz... y tú... tú eres la obra maestra del artista... su mirada recorrió su hermoso rostro. Era más que apuesto, las palabras no podían captar la respiración agitada de su pulso, ni el calor que se extendía de la cabeza a los pies cuando se atrevía a mirarla... Era mucho más apuesto que James. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Incluso de niños, él había sido el más atractivo, siempre un centímetro más alto, un poco más grande.

Tú eres lo más hermoso que he visto nunca, como la diosa Diana... la bella cazadora... murmuró, y ella sintió una extraña agitación en el pecho por el hecho de que él supiera llamarla por un nombre que sólo su padre había hecho antes.

Se puso de puntillas para besarle. El roce de sus labios hizo que espirales de vertiginoso placer la recorrieran. El hormigueo secreto que sentía en lo más profundo de su ser cobró vida cuando enredó una mano en su cabello, en la nuca, para acercarla y besarla. Pequeños cosquilleos parecían brotar del punto donde sus bocas se encontraban y un pequeño jadeo se le escapó.

Se aferró frenéticamente a él, besándolo salvajemente, y su mundo empezó a nublarse. Jasper la hizo girar de modo que quedó de espaldas contra la puerta de la caseta y la aprisionó allí con su cuerpo, besándola profundamente, destrozándole la boca. Ella separó los labios para recibir su lengua y respondió con entusiasmo a sus instrucciones silenciosas y sensuales. Sus labios se movieron juntos, juguetones, mordisqueando, chupando, acariciando.

Jasper posó una de sus manos en la parte exterior de su muslo, subiéndole el vestido. La tela de su vestido y sus enaguas se amontonaron alrededor de sus caderas. La apartó de la puerta y le subió el vestido hasta la cintura antes de empujarla de nuevo contra la puerta. Mantuvo el vestido recogido y apartado para poder pasar las puntas de los dedos por el borde de sus medias en la parte inferior de su muslo y jugar con las cintas que las sujetaban. Ese pequeño roce le hizo cosquillas y no pudo evitar que se le escapara una risita sin aliento.

¿Te gusta cuando hago esto? susurró él contra su boca mientras con las puntas de los dedos acariciaba en círculos la piel desnuda de la parte exterior de su muslo.

Hmm, sí consiguió decir entre suspiros de satisfacción. Las suaves caricias eran maravillosas. Cada parte de su cuerpo parecía vibrar como una colmena de abejas despertándose a primera

hora de la mañana.

¿Te gustó lo que te hice anoche? deslizó la mano entre sus piernas, buscando entre su ropa interior hasta que encontró la hendidura en la tela y acarició su montículo.

Sólo pudo asentir y echar la cabeza hacia atrás cuando él ejerció una ligera presión, frotando la palma de la mano contra ella. *Más*, necesitaba más de lo que había hecho anoche.

Por favor, Jasper, no me hagas suplicar jadeó en el mismo instante en que él acarició con la punta de un dedo el borde de su canal. Ella gimió, pero no pudo evitar la humedad que se apresuró a recibir su contacto. Él siseó suavemente antes de volver a tomar su boca con la suya.

Sus labios se volvieron casi feroces. Ese beso áspero y poco caballeroso hizo que cada vello de su cuerpo se erizara y que su vientre se apretara con ansia. No quería pensar en lo que significaba que su rudeza la excitara y la emocionara.

La acarició una, dos, tres veces, antes de hundir el dedo en su interior. Usando su mano, la llevó al límite, encontrando un punto en su interior que, con cada roce de su dedo, hacía que sus piernas se estremecieran y que una chispa de ardiente calor subiera por su columna vertebral.

Déjame entrar en ti, Gemma, por favor su ronca súplica la hizo sentir un placer desenfrenado. Él también suplicó que le diera placer. Debería ser justo, este compartir de intenso gozo físico. Anoche sólo ella había alcanzado la plenitud. No volvería a hacerle eso, a usarlo para satisfacer sólo sus necesidades.

Sí fue la única palabra que pareció necesitar escuchar antes de empezar a desabrocharse los pantalones color piel de ciervo. Levantó su pierna alrededor de su cadera. Sujétame, justo ahí le acarició la pantorrilla. ¿Entendido? dijo con voz entrecortada.

Asintió, apretando la pierna alrededor de su cadera, adorando la forma en que los mantenía juntos. Luego, jugueteó con su falda con una mano y con la parte inferior de su cuerpo con la otra. Antes de que pudiera distraerse demasiado, la besó con fuerza.

Gemma se estremeció, su cuerpo reaccionó a la oleada de sensaciones. No pudo prepararse para su entrada y reprimió un grito de dolor cuando la penetró. La sensación de plenitud la dominó. El doloroso estiramiento se mezcló con una persistente sensación de placer. Movié las caderas, intentando escapar de la sensación de estar atrapada, indefensa y vulnerable, mientras soportaba aquel dolor palpitante entre las piernas, donde él se había colocado. Sus bocas se separaron. Abrió los ojos y lo encontró mirándola. Jasper se movió dentro de ella y se detuvo de repente.

¿Cuánto te duele?

No me duele mintió, demasiado avergonzada para admitir que sí, pero el dolor se calmó un poco.

Gemma, querida, he visto suficiente dolor en los ojos de otros en mi vida como para reconocerlo le pasó una mano por el cabello y le acarició la mejilla. Intenta relajarte. El dolor debería aliviarse apretó los labios contra los suyos y volvió a hablar. Respira conmigo.

Inspira. Exhala. Inspiró una y otra vez, igualando su ritmo al de él. Le besó el cuello y todo por debajo de su cintura pareció convertirse en fuego líquido.

Estoy mucho mejor suspiró con satisfacción cuando el placer empezó a aumentar junto con la extraña presión en su vientre.

Gracias a Dios soltó una risita. Sujétate a mí, cariño fue su única advertencia antes de que empezara a moverse dentro de ella, más rápido, más fuerte. Dobló las rodillas, bajando unos centímetros, y luego levantó las caderas para hundir más su cuerpo dentro de ella. Le desgarró el cuerpo y el alma mientras una oleada de éxtasis se apoderaba de ella, superando su dolor.

Había algo mágico e hipnótico en la forma en que la miraba mientras la penetraba. Esos ojos

acaramelados la cautivaron, la mantuvieron en trance como lo había hecho su voz en el jardín la noche anterior, y no pudo apartar la mirada. Sus cuerpos se movían ahora al unísono, y ella aprendió a abrirse ante él y a apretarse con más fuerza al mismo tiempo. La madera debajo de su espalda le quemaba la piel, pero no le importó. Con cada embestida, Jasper se movía más rápido y más feroz, como poseído por un espíritu animal que no podía detenerse.

Dejaron de ser dos almas separadas para convertirse en algo infinitamente más complejo y, sin embargo, singular. Ella le rodeó el cuello con los brazos y apretó su cabello con una mano, tirando con fuerza de las hebras, desesperada por no soltarlo. Sería tan fácil salir volando, se sentía tan ligera que una brisa podría llevársela.

No me sueltes, Jasper jadeó. El mundo a su alrededor giró como un trompo.

Nunca... juró. *Nunca.*

Por un breve instante, deseó que su promesa fuera cierta, que nunca la dejara marchar, que pudiera pertenecerle por el resto de su vida.

Gemma se rindió por completo, su cuerpo le dolía tanto que pensó que se moría. Habría gritado, pero los labios de Jasper volvieron a encontrar los suyos y vio estrellas. Luces brillantes y hormigueos ardientes recorrieron todo su cuerpo. Jasper se estremeció contra ella y aminoró el ritmo. Gemma sintió que se extendió un calor profundo, el calor de él, y supo que entre ellos había ocurrido algo poderoso, inmutable. Nunca podría deshacerse, este fuego que ardía, este fuego que chispearía, resplandecería y los convertiría a ambos en cenizas, y todo por el hombre equivocado.

Permanecieron conectados el uno al otro durante un largo rato, con los rostros muy juntos. Jasper se inclinó, robándole el beso más suave de sus labios, que temblaron junto con el resto de ella. No podía evitarlo. Cada músculo, cada hueso, todo parecía ser líquido e inestable. Si la soltaba ahora, se derretiría en un charco a sus pies.

Pensé que iba a morir... susurró. Él esbozó una media sonrisa y volvió a besarla, esta vez más profundamente.

Cada beso parecía ser su perdición. No quería que se detuvieran. La forma en que él saboreaba su boca, jugaba con su lengua, suavemente, como si estuviera disfrutando de la experiencia después de que hubieran hecho el amor y simplemente quisiera seguir conectado a ella. Algo dentro en su interior se sentía cálido y suave cada vez que sus labios rozaban los suyos. Era como volver a casa después de una larga caminata desde el pueblo y ver la puerta del jardín delantero de su casa, con las lilas en flor y los pájaros cantando aferrados a los postes de la valla. No había otra forma de describir el beso de Jasper excepto que se sentía como volver a casa...

La primera vez es así, los franceses lo llaman la 'pequeña muerte' le explicó en voz baja y se retiró muy despacio de su cuerpo.

Su canal le escocía a causa de su retirada, cerró los ojos e hizo una mueca de dolor. Todo lo que se había sentido tan maravilloso hacía unos segundos ahora se sentía adolorido y sensible.

¿Se supone que tiene que doler así? le preguntó, observando cómo se acomodaba su ropa interior.

Sólo las primeras veces. Toma, levántate el vestido, cariño sacó el pañuelo y se arrodilló.

Se levantó el vestido, preguntándose qué quería hacer.

Una pequeña línea de sangre recorría la parte interna de su muslo izquierdo. Jasper limpió su piel con sorprendente ternura y le frotó suavemente su palpitante centro. La vergüenza le encendió las mejillas y apartó la mirada, avergonzada. ¿Era normal sangrar? ¿Había hecho algo mal?

Se levantó y ella se bajó las faldas apresuradamente, pero él no se apartó. Le cogió la barbilla y le levantó la cabeza, obligándola a mirarlo.

Siento haberte hecho daño. La primera vez suele sangrar un poco. Cuídate durante unos días, sin montar. Se gentil con tu cuerpo habló con tanta franqueza de la situación que ella retrocedió bruscamente, golpeando la puerta detrás de ella con un pequeño *¡oomph!* Jasper suspiró y la aprisionó contra la puerta.

Sé que la mayoría de los hombres no hablan de estas cosas. Siento no ser más amable contigo, querida. Es sólo que me he acostumbrado a que las vidas de los hombres se desangren

delante de mí en la cubierta de un barco. No soy muy bueno siendo respetuoso. Digo cosas que no debería. Claramente hizo un gesto indicando entre sus cuerpos, he hecho cosas que no debería.

Ese comentario hizo que el persistente sabor de su beso en sus labios se volviera amargo.

Lo comprendo levantó la barbilla, tratando con cada respiración temblorosa de no dejarlo ver que sus palabras estaban destrozando su corazón en pedazos. Soy un error.

Con un gruñido bajo, tiró el pañuelo ensangrentado al suelo y la miró con el ceño fruncido.

No me refería a eso en lo absoluto, y lo sabes hizo una pausa, su acalorada mirada se volvió suave y bajó la voz, suavizando la aspereza. Quise decir que te he hecho daño, Gemma, no al revés. Los dos sabemos que el hecho de que estés aquí conmigo, accediendo a que te tenga, ha arruinado las pocas posibilidades que tenías de casarte con *alguien*.

No sólo con James. El peso de esas palabras no dichas la atravesó como un fuego abrasador sobre yesca seca. ¿Qué se suponía que debía hacer ahora? ¿Vivir el resto de su vida sola con sus padres? Nunca se había definido por el matrimonio, y seguía sin hacerlo. Vivir como una solterona podría haber sido algo que pudiera haber tolerado antes de que hubiera estado con Jasper. Ahora deseaba cosas, cosas oscuras, maravillosas, poderosas, y una solterona no tendría la oportunidad de experimentar ese placer nunca más.

Pero tú y yo... no se atrevió a pedirle que hiciera lo correcto y le propusiera matrimonio. No podía casarse con Jasper, aunque él lo quisiera. No podía estar con un hombre con el que se había visto obligada a casarse debido a sus circunstancias. Él la despreciaría por semejante trampa y ella no podía soportar que él también la odiara.

Gemma, tú y James acaban de cancelar su entendimiento, ahora no es el momento de pensar en... nadie más. Necesitas tiempo para sanar tu corazón su suspiro pareció apesadumbrado y ella no pudo evitar preguntarse qué le hacía creer eso. Los hermosos rasgos de sus ojos y su boca parecían oscurecerse con una sombría resignación.

Tragando el nudo en su garganta, ella asintió.

Supongo que eso es todo entonces, vamos por caminos separados. Debería arreglar mi aspecto antes de volver a la fiesta.

Gemma recuperó las fuerzas y con manos temblorosas revisó su vestido. Afortunadamente no estaba manchado de suciedad ni de sangre. Había tenido suerte. Él volvió a arrodillarse y levantó de nuevo su vestido, pero esta vez sólo le tocó los tobillos, apartando las frágiles zarzas que se habían alojado en sus medias durante su huida de él. Su suave tacto la hizo odiarlo y adorarlo al mismo tiempo. ¿Cómo podía este hombre hacerla sentir extremos tan salvajes?

Cuando volvió a ponerse en pie, se quedó mirándola un largo rato. La luz del sol que entraba por las ventanas de la caseta del jardín parecía llenar la habitación de calor y ella supo que un rubor le subió por el cuello hasta las mejillas. Pareció haber transcurrido un siglo entre ellos, coloreado con miles de pensamientos que pasaban entre sus ojos junto con las insinuaciones de palabras en sus labios que no se pronunciaban. Todo estaba lleno de promesas, pero teñido de una sensación de desesperación y melancolía que ella no podía comprender.

Sin mediar palabra, le rodeó la cintura con los brazos y la atrajo hacia sí. Enterró la cara en el hueco entre su cuello y su hombro y apretó tiernamente los labios contra su piel mientras la abrazaba. La conmoción del repentino abrazo la hizo tensarse durante varios latidos antes de finalmente relajarse. Gemma le devolvió el abrazo, al principio tímidamente.

Al cabo de unos segundos, la presión de sus manos sobre su espalda la hizo sentirse femenina y protegida. Nunca había pensado que el abrazo de un hombre la haría sentir así o que lo disfrutaría tanto. No es que se sintiera débil o frágil, simplemente se sentía segura en sus brazos.

La forma en que la abrazaba, con una presión tan desesperada, la hacía sentir como si intentara borrar todas las formas en que la había herido aquel día. Como si sólo con sus brazos pudiera protegerla de lo que viniera después. Sabía que era una tontería pensar eso, porque en cuanto salieran del cobertizo, su mundo volvería a derrumbarse.

Pero aquí, ahora, fue fácil olvidar que el mundo que les rodeaba existía. La idea de que la vida continuaba fuera de estas pequeñas paredes polvorientas de la caseta era imposible. Lo único que realmente le importaba era lo que acababa de experimentar con Jasper. El placer de esa apasionada unión cuando le entregó su inocencia. Y luego su deseo de abrazarla, el choque de temperamentos... Todo aquello había merecido la pena, sentir un momento tan encantador de dicha entre sus brazos y el dulce sabor de su boca contra la suya. Pero incluso los hechizos más fuertes podían romperse...

Dime la verdad Jasper, eras tú el que estaba en el jardín anoche, ¿no? necesitaba estar segura de que era él. Tenía que escucharlo decirlo. Cuando la había tocado, besado aquí en la caseta del jardín, había sido igual a cómo lo había hecho el hombre que se le había acercado en el jardín, manos ásperas, labios suaves, besos embriagantes...

Jasper se apartó de ella.

¿Qué más da si fui yo? la miró, con el rostro inescrutable.

Importa, porque necesito saber si he estado con otro hombre aparte de ti, ¡necesito saberlo! lo miró, luchando valientemente contra las ganas de llorar. Tenía derecho a saber la verdad.

La soltó, poniendo distancia entre ellos.

Maldita sea, Gemma. Vale, he sido yo. ¿Eso lo hace mejor? cruzó los brazos sobre su pecho y frunció el ceño.

Gemma se mordió el labio inferior y parpadeó rápidamente, esperando que no se le escaparan más lágrimas. El momento que habían compartido había terminado y tenía que aceptarlo y seguir adelante.

Gracias por tu franqueza. Ahora discúlpame, tengo que volver a la fiesta trató de empujarlo para salir de la caseta del jardín.

Gemma... quédate extendió una mano, pero ella la apartó.

No... jadeó, se le hizo un nudo en la garganta y le ardieron los pulmones. Tengo que salir de este espantoso lugar... ¡no puedo respirar! lo apartó de un empujón y casi arrancó la puerta de sus oxidadas bisagras en su huida hacia la libertad.

Una parte de ella quería no volver a verlo. Para su vergüenza, miró hacia atrás tras unos pasos, pero él estaba apoyado en el marco de la puerta abierta, sin moverse. No intentó detenerla. La otra parte de ella quería que la persiguiera, que la atrapara y le dijera que cumpliría su promesa de no dejarla marchar. Pero no lo hizo. La dejó marchar, con el corazón roto y todo.

Jasper permaneció en el pequeño cobertizo del jardín un largo rato después de que ella se había ido, mirando por la ventana. La había acorralado y la había tomado como si fuera una bestia, sin pensar en su dolor hasta que fue demasiado tarde. Ver sus lágrimas, discutir con ella, cuando lo único que quería era abrazarla y besar cada gota brillante de sus mejillas, fue suficiente para destruir lo que le quedaba de cordura. ¿Cómo podía tener tan poco control cuando se trataba de ella?

He sobrevivido al escorbuto, al hambre, a barcos incendiados, a piratas que degollaban a los hombres mientras dormían en sus hamacas y, sin embargo, parece que no puedo soportar las

lágrimas de Gemma.

Le había robado lo único que había protegido y guardado para el hombre destinado a amarla. Debería habérselo dado en su noche de bodas a su marido, el hombre que él quería ser más que nada, pero había actuado demasiado pronto, con demasiada precipitación. Lo peor era que no se sentía lo suficientemente culpable para un hombre que había hecho lo que acababa de hacer, de hecho, le había encantado cada uno de los besos y de las acaloradas embestidas de aquel breve pero poderoso momento con Gemma. El inocente desenfreno de su respuesta había sido su perdición. La forma en que respondió a sus caricias, a sus besos, cada pequeño escalofrío y suspiro lo había puesto caliente y deseoso de estar dentro de su cuerpo de la forma que fuera.

¿Qué debía hacer ahora? ¿Se alejaría de ella hasta que estuviera lista para amar de nuevo después de James? Lo único que quería era contárselo todo, pero, por primera vez, el miedo de verdad lo hirió profundamente. Podía perderla si decidía odiarlo después de todo lo que había hecho. ¿Y si no era suficiente para ella? Suponiendo que superara las mentiras que le había contado y las cartas que le había escrito diciendo que era su mejor amigo, ¿lo querría?

La falta de confianza nunca había sido uno de sus puntos débiles, pero ahora temía que no fuera suficiente para ella. Todo lo que tenía era la casa de sus padres, una pequeña mansión en el campo, media docena de sirvientes y unos ingresos respetables. Los sueños de volver glorioso con una gran fortuna no habían sido posibles, y no podía quedarse en el mar otra década. Esa vida le había quitado mucho y ahora lo único que ansiaba era un poco de paz. ¿Sería eso suficiente para una mujer como Gemma, quien merecía una vida maravillosa?

Lo habían educado para ser el tipo de hombre que hacía lo correcto por la gente, pero los años pasados sirviendo en la marina lo habían cambiado. Había aprendido que las personas podían ser sacrificadas, que los hombres podían ser traicionados y que uno tenía que mirar por sus propios intereses. Gemma era sin duda uno de sus intereses. Sólo deseó poder contárselo todo en ese momento, confesar sus mentiras y recuperar su confianza para estar mucho más cerca de conquistar su corazón.

Estoy condenado por anhelar algo que está más allá de mi alcance...

¡Gemma, ahí estás! gritó Lily cuando Gemma salió de los jardines. Oh, querida, ¿qué te ha pasado? cogió la mano de su amiga y tiró de ella hacia un lado, nadie pareció notarlas. La mayoría de los invitados de Lady Greenley se amontonaban alrededor de la carpa donde se estaba sirviendo el té.

Lamiéndose los labios, Gemma se quedó mirando el té. Una taza de té frío aliviaría su ardor en la parte posterior de su garganta.

Estoy bien, sólo me puse enferma en el jardín y tuve que descansar. Estaré mejor en cuanto haya tomado un poco de té trató de convencerse, pero le dolía todo por debajo de la cintura y se sentía agotada.

Ven entonces, vamos a traerte un poco la condujo a la tienda donde un lacayo les sirvió dos tazas.

El té estaba frío y agradable, aliviando su garganta que aún estaba tensa e irritada por el llanto. Mientras sorbía el té, centró su atención en los invitados. La mayoría parecían haberse agrupado en una pequeña multitud cerca de la entrada del jardín. Las damas se agruparon, sus coloridos vestidos resaltaban sobre el verde intenso del césped. La ligera brisa jugaba con sus faldas, que ondeaban como las velas de una docena de pequeños barcos.

A poca distancia, algunos de los caballeros de más edad se agruparon, murmurando entre ellos y riendo de vez en cuando. Tenían las mejillas sonrosadas y, a pesar de sus esfuerzos por disimularlo, más de uno parecía estar bebiendo copas de jerez mientras sus esposas estaban ocupadas en otra cosa. Habría sonreído, pero se dio cuenta de que las mujeres estaban concentradas en algo que le partió el corazón en pedacitos. James y esa horrible mujer, Arabella, parecían estar en medio de un grupo de mujeres que parloteaban y cacareaban como pajarillos.

Lily, ¿qué está pasando ahí? preguntó, con la cabeza dándole vueltas por una pesada sensación de repentina fatalidad.

Lily fulminó a James con la mirada antes de volverse hacia ella.

El señor Randolph acaba de anunciar su compromiso con Arabella Stevens.

¿Qué? su voz salió terriblemente chillona, pero por suerte nadie tenía el menor interés en ella. Todos los ojos estaban puestos en la nueva pareja feliz. *Pareja*. La palabra caló hondo. ¿Cómo la había cambiado tan rápidamente por Arabella cuando hacía apenas media hora se suponía que ella y James estaban prometidos? El té que había estado bebiendo le pareció amargo de repente y se estremeció, dejando la taza en el plato con tanta fuerza que resonó.

Parece Lily se aclaró la garganta, que el señor Randolph y la señorita Stevens ya se conocían, y que han estado cortejándose este último mes.

¿Cortejando? ¿James había estado cortejando a otra mujer mientras le escribía cartas de amor?

¿Cómo? ¿Cómo ha podido hacerme esto? dijo en un ronco susurro. Su corazón se rompió en pedazos aún más pequeños bajo el peso de la traición de James. Todas esas cartas, cada palabra que había apreciado, no habían sido más que mentiras. ¿Seguir adelante tan rápido? No tenía sentido, ¿de qué clase de hombre se había enamorado? Todo por lo que había trabajado, planeado, cada esperanza y cada sueño había sido despreciado por James, y burlado por Jasper. No estaba segura de a qué hombre odiaba más en ese momento.

Por lo visto la conoció hace varios meses en Brighton y desde entonces está enamorado de ella informó a Gemma en un susurro agrio. Qué hombre más desgraciado. Si Henry lo supiera... ¡oooh! pateó un mechón de hierba con su pie resbaladizo. ¿Quieres que le diga a Henry que acabe con él? Seguro que le encantaría.

Gemma negó con la cabeza.

No, no debes. Es que... Oh, Lily... se suponía que tenía que ser yo le susurró a su amiga.

Sólo Lily conocía la profundidad de la relación secreta de cartas de amor de Gemma y James. La pila secreta de cartas nunca había sido descubierta ante los ojos de nadie, excepto los de Lily, porque a menudo había pasajes tan divertidos, o impresionantes, y a menudo románticos, que se sentía obligada a compartirlos con su amiga más íntima. Lily los comentaba a menudo, le contaba sus ideas sobre lo que creía que significaban ciertas cosas, y era parte de sus impresiones lo que la había llevado a creer que James se casaría con ella. ¿Se habían equivocado tanto las dos al respecto?

No lo mires, ya no Gemma. Tal vez deberías ajustar tu mirada a una compañía más fina y mejor la cogió de la barbilla y la giró para apuntar a la persona que acababa de salir del jardín. Jasper Holland. ¿Cómo podía lucir tan terriblemente apuesto con su abrigo azul y sus pantalones de piel de ciervo? Era muy injusto. Parpadeó para ocultar algunas lágrimas y se soltó de la mano de Lily.

No, no. Detesto al señor Holland. ¡Es un pícaro despiadado! declaró con vehemencia, aunque al verlo se le secó la boca de repente y su cuerpo se estremeció con una confusa mezcla de interés femenino y miseria casi humillante. ¿Cómo podía un hombre hacerla querer llorar y de

besarlo al mismo tiempo? ¿Qué debía hacer una mujer cuando un hombre tiraba de ella en dos direcciones completamente distintas?

Fue como si él hubiera escuchado sus palabras, porque su mirada se encontró con la de ella. Un destello de intensidad y oscura melancolía pasó entre ellos. Jasper cerró las manos en puños y dio un paso en su dirección, luego se congeló cuando pareció darse cuenta de que intentaría convertirlo en piedra como Medusa si se atrevía a acercarse.

Lily los miró a ambos, con los labios fruncidos en una mueca de confusión.

Es una pena. Me pareció que le habías gustado, Gemma. No ha hecho más que mirarte desde que llegaste dijo, mirando a Jasper con una ceja arqueada.

Gemma apartó los ojos de él, queriendo eliminar esa sensación de necesidad, de hambre de placeres recién descubiertos. No podía desearlo, no podía querer volver a hacer el amor con él, no cuando estaba tan decidida a odiarlo para toda la eternidad.

Henry Becknell, el alto y rubio marido de Lilly, trotó hacia ellas.

Lily, mi amor, ven rápido, el concurso de tiro con arco ha sido montado.

Era el tipo de hombre al que una mujer podía amar inmediatamente. Lleno de sonrisas y encanto juvenil, sin el peligro que alguien como James o Jasper supondría para la virtud de una chica. Henry era dos años mayor que James y Jasper y había estado en el colegio antes de que Lily se convirtiera en la belleza del pueblo. Cuando había vuelto a casa, había sido inevitable que se enamoraran. A veces, Gemma sentía envidia cuando los observaba, pero también se alegraba por su amiga. Lily merecía ser amada por un buen hombre, y Henry era el mejor que había.

Señorita Haverford saludó a Gemma afectuosamente.

Ella sonrió un poco; Henry tenía tan buen carácter que era difícil mantener el ánimo deprimido cuando estaba cerca.

Señor Becknell respondió.

Sé que a usted también le gusta el tiro con arco. Venga y únase a nosotros, dele a mi Lily un poco de competencia, ¿eh? su desafío burlón hizo irresistible negarse.

Oh, muy bien se rio. El tiro con arco era uno de sus placeres en fiestas como estas y le vendría bien para distraerse un poco. No había nada tan satisfactorio como manejar un arma cuando uno estaba de mal humor. Cuando se imaginó disparándole a James en el trasero con una flecha, ahogó una risita. Fue una idea demasiado tentadora.

Henry las acompañó a la parte del césped donde se habían dispuesto diez dianas y arcos para los interesados en competir. James y su futura esposa se abstuvieron de participar en el concurso y prefirieron quedarse cerca de las mesas de té y cotillear con los que no participaban. Gemma no quería tener que enfrentarse a la vergüenza de tener que hablar con ellos y felicitarlos. En realidad, fue un alivio que se mantuvieran lo suficientemente lejos como para que pudiera concentrarse en el tiro con arco. Tanto ella como Lily se pusieron avambreros de cuero y guantes de tiro para protegerse los brazos y las manos.

Jasper se había recuperado un poco de la mirada que le había dirigido antes para que mantuviera su distancia y ahora caminaba hacia ellas, con un brillo decidido en los ojos. Desviando la mirada, ella hizo todo lo posible por fingir que no se había dado cuenta de su presencia. Eso no impidió que su cuerpo lo percibiera. Cada uno de los finos vellos de su cuello se erizó y sintió su mirada fija.

Es una pena que desprecies al señor Holland, parece dispuesto a ser tu compañero en la primera ronda comentó Lily en un susurro bajo detrás de su mano.

Gemma apartó con decisión la mirada claramente interesada que Jasper le dirigía. ¿Cómo diablos iba a evitarlo si se acercaba para unirse a ella en el juego?

¿Le importaría a tu marido acompañarme? le preguntó a Lily.

Con un suspiro, Lily le hizo un gesto a Henry para que se acercara.

Gemma, querida, tendremos una charla acerca de cómo evitas a los hombres idóneos susurró en voz baja para que su marido no la escuchara.

Henry, corazón mío, ¿serías pareja de Gemma? Necesita que la rescaten la sonrisa que le dirigió a su marido se ganó una risita de Henry.

Por supuesto le guiñó un ojo. Ayudar a damas en apuros es mi especialidad.

Gracias Lily miró a su alrededor, aparentemente sin ver a nadie observándolos, y plantó un beso en los labios de su marido. El más mínimo roce, pero hizo que Henry se pusiera de un divertido tono de rojo. Gemma anhelaba tener ese tipo de relación con un hombre, en la que un pequeño beso fuera un recordatorio de la pasión que ardía entre ellos cuando no había nadie cerca para presenciarlo. Era romántico, dulce y profundamente lleno de amor, y le dolía el pecho de tan solo presenciarlo.

Después de asegurarse de que Gemma y Henry estarían bien, Lily los dejó y fue a reclamar a otro compañero.

Gemma cogió un arco y se unió a Henry en una de las diez dianas, dispuesta a enfrentarse a él para ver quién avanzaba en el concurso. Era una arquera hábil y mejor que Henry, a quien le encantaba el deporte, pero carecía de la habilidad natural de Gemma. Una razón más por la que su padre la llamaba una cazadora justa. Ella y el arco se llevaban bien.

Disparó primero y luego, mientras Henry se alineaba para el suyo, observó a las otras parejas en las dianas, encontrando a Lily y Jasper en la diana a su derecha. Jasper, al igual que Henry, se había quitado el chaleco, de modo que ahora sólo llevaba su blusa blanca y su camiseta con bordados dorados. Tenía una figura imponente, piernas largas ligeramente separadas en la postura adecuada, el arco levantado y los brazos tensos con una fuerza perfectamente controlada. La camisa se amoldaba a sus músculos, mostrando su cuerpo de una forma que parecía demasiado íntima. Músculos que recordaba haber tocado, en los que había hundido los dedos cuando se había deshecho en sus brazos. Se obligó a apartar la mirada.

Tras varias rondas, los concursantes se redujeron a cuatro. Lily y Gemma se enfrentaron en una diana y Jasper y el padre de Gemma en la otra. Lily se puso en posición después de que Gemma disparó. Levantó el arco demasiado deprisa y, con un leve destello de picardía en los ojos que Gemma casi pasó desapercibido, soltó la flecha. Voló en el aire con un amplio ángulo y se incrustó en el círculo más alejado de la diana.

Lily, ¿qué estás haciendo? susurró a su amiga.

Ella se limitó a encoger un hombro de manera elegante, con una leve sonrisita en los labios, y se marchó hacia las mesas de té. El padre de Gemma levantó el arco, con un ojo fijo en la diana, y disparó. Siempre se le había dado bien el tiro con arco, pero al igual que a Lily, su tiro salió desviado, lo suficiente como para no dar en el blanco. Se hundió en el suelo unos metros más atrás. El mechón blanco de las plumas de la flecha tembló con la fuerza del disparo. Con un casual encogimiento de hombros, su padre se dio la vuelta, sonrió a Lily y abandonó la zona de tiro.

¿Habría usado su padre a propósito demasiada fuerza para enviar la flecha fuera del alcance del blanco? Y si lo había hecho... ¿por qué? Eso significaba que Jasper había ganado su ronda, y ahora, eran los únicos que quedaban.

Maldición, esto no iba a acabar bien para ninguno de los dos.

La multitud, que se había reunido alrededor de los arqueros al principio de la competición, se esfumó, de modo que sólo quedaron Gemma y Jasper. Nunca estuvo más agradecida por el aparente desinterés de aquellas personas. Ser el centro de atención nunca había sido algo que le gustara, y sabiendo que tendría que estar cerca de Jasper, sintiéndose tan desequilibrada como se sentía ahora... era mejor que no estuviera bajo el escrutinio de los demás.

Gemma saludó Jasper suavemente. Su voz estaba llena de calidez y le recordó demasiado a la caseta del jardín y a lo que habían hecho allí. La parte inferior de su cuerpo respondió con un leve palpar, recordándole lo sensible que aún estaba.

Señor Holland respondió en voz baja, aunque no pudo ocultar el pequeño gruñido de su voz. Cuando terminara la fiesta, iba a regresar a casa y no volvería a pisar Midhurst, no si eso significaba ver a Jasper. Se armó de valor para no sentir otra desdichada punzada en el corazón ante la cruel traición de James y el engaño de Jasper.

Por suerte, toda la atención volvió a centrarse en James y Arabella. La voz de James flotaba en el aire mientras contaba a la multitud cómo conoció a Arabella. Nadie miró a Jasper ni a Gemma cuando se acercaron al último objetivo, con los arcos en mano. Gemma decidió no dirigirle otra palabra. Probablemente estaría furiosa con él durante el próximo siglo. Haberla introducido al placer de esa manera la noche anterior en el jardín, y luego volver a seducirla hoy en la caseta del jardín.

Intentó no pensar en las consecuencias de lo que había ocurrido en ese lugar para su futuro. Ahora tenía pocas esperanzas de casarse con alguien. Su marido, si tenía la suerte de encontrar uno, probablemente descubriría que ya no era una doncella.

Se estremeció al sentir que la asfixiaba una pesada sensación de temor. Cogió el arco con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos. ¿Por qué el mundo era tan injusto con una mujer y no con un hombre?

¿Te importaría ir primero Gemma? preguntó.

Se dirigirá a mí como señorita Haverford respondió con frialdad.

Jasper miró a la distraída multitud antes de inclinarse hacia ella y acariciarle la mejilla con el dorso de la mano. Ella le apartó la mano de un manotazo, evitando la intensidad de su mirada y la forma en que parecía devolverla a aquel momento en la caseta en que habían estado tan profundamente conectados, tocándose por todas partes, sus bocas separadas por tan solo un suspiro. Odió el hecho de que le encantara el ardor que ese simple contacto provocó en su piel y los recuerdos casi tangibles que evocó.

¿No te parecería que, después de lo que hemos compartido hoy, ya no necesitamos atarnos a las reglas de la formalidad?

Aunque despreció sus palabras, sabía que tenía razón. Su mano bajó hasta acariciarle la cintura, donde ella sentía más cosquillas. Sintió escalofríos. Él sonrió con picardía, tratando de cogerla con más fuerza, pero ella volvió a contenerse y le golpeó la mano con la punta de su arco.

Por favor, Gemma, regálame una sonrisa. Sé que estás enfadada conmigo, pero no quiero que lo estés. Fuimos amigos una vez, ¿no? Me gustaría que volviéramos a ser amigos puso su arco en el suelo junto a sus pies.

¿Amigos? puso una mano en su cadera y lo desafió. Nunca fuimos amigos, Jasper. Siempre me echabas cuando intentaba seguirla a ti y a James. Te enfadabas cuando James me tiraba de los rizos, dejabas tarros de renacuajos en la ventana de mi habitación con la esperanza de asustarme cuando me despertara y los viera retorciéndose en el agua del estanque casi sonrió al recordarlo.

Los renacuajos le habían fascinado bastante, y cada vez que encontraba un frasco, con los cuerpecitos verdes iluminados por la luz del sol en el alféizar de la ventana abierta, se sentaba en una silla y observaba a las criaturas dentro del cristal. Supuso que se debía a que su padre le había inculcado el aprecio por la ciencia. Los renacuajos crecerían y algún día se convertirían en ranas, y la idea de que así fuera la había cautivado. Le encantaban las cosas que hacían del mundo lo que era, un lugar de maravillas infinitas y milagros interminables. Milagros que Jasper había dejado en su ventana cuando era niño para intentar asustarla. Esta vez, sí se le escapó una pequeña sonrisa y se sonrojó.

Jasper carraspeó y se tiró de su corbata con un dedo.

¿Has pensado alguna vez que podría estar celoso de James? La forma en que solías mirarlo, con esos ojos grandes y hermosos, y todo ese cabello pelirrojo tan perfecto para tirar de él levantó la mano como si estuviera perdido en un sueño de aquellos días pasados y enroscó un mechón de su cabello en su dedo, tirando de él.

Lo miró fijamente, completamente consumida por su mirada y por las extrañas y excitantes emociones que su cuerpo sintió en respuesta a aquel pequeño tirón de su cabello. ¿Cómo sería si él cogiera todo su cabello con la mano y tirara de su cabeza hacia atrás para besarla? Sería divino... Sacudió la cabeza, intentando desesperadamente despejar sus pensamientos de ideas tan maravillosas, no pecaminosas.

Entonces, ¿por qué me alejas? preguntó en un susurro. ¿Estaba realmente celoso de James? ¿Le había gustado mucho más de lo que había fingido? No podía despreciar a un hombre que secretamente había estado celoso de su amigo por su culpa. Seguía enfadada y dolida, pero la rabia ardiente se había desvanecido. Sus acciones habían sido las de un hombre celoso, no las de alguien lleno de cruel desprecio.

Pasó una mano por su cabello oscuro, tirando con fuerza de los mechones como si intentara controlarse.

Eras tan joven Gemma. Sabía que no debía permitirme sentir cosas por ti.

¿Joven? Jasper, sólo soy un año más joven que tú él tenía veintiséis, pero tenía que admitir que había vivido más que ella en muchos aspectos. Había estado en Midhurst mientras él había estado afuera viendo mundo, luchando batallas, protegiendo el Imperio de Su Majestad. La hacía sentir extrañamente pequeña e insignificante en comparación.

Un chico de quince años es muy diferente de una chica de catorce volvió a pasarle la mano por la cintura, jugueteando con los pliegues de su falda. Una o dos veces la cogió con más fuerza y se preguntó si estaría tentado a acercarla.

Respiró muy despacio, intentando calmar su acelerado corazón.

Supongo que tienes razón. A esa edad no sabía nada de chicos ni de hombres. Confieso que sigo sin entender a la criatura masculina. Son un grupo misterioso su tono resultó burlón, pero no le importó. Esta discusión franca era buena. Necesitaban hablar de esto sin rodeos o, de lo contrario, podría sentirse tentada a odiarlo por el resto de su vida, y no quería odiar a Jasper. Era demasiado bueno en muchos sentidos, aunque la hubiera seducido. Pero qué dulce seducción había sido. La hizo entender por qué algunas mujeres estaban comprometidas. La tentación de estar con alguien a veces pesaba más que el buen juicio de la propia mente.

Tal vez deberíamos terminar el concurso sugirió ella e hizo un gesto con el arco que aún sostenía en una mano en dirección hacia el último blanco.

Muy bien suspiró y recogió su arco del suelo.

Gemma se alineó para su tiro, levantando el arco y clavando la flecha, pero él no la dejó en paz.

Tu postura, aunque excelente, aún podría mejorarse... se colocó detrás de ella, apretando todo su miembro contra ella. La oleada de calor que siguió hizo que se sonrojara. Le exigió que diera un paso atrás, incluso cuando la rodeó con los brazos para mejorar su postura. La soltó y posó sus palmas posesivamente en su cintura mientras esperaba pacientemente a que disparara.

No puedo concentrarme cuando me toca, señor Holland dijo, tratando de mover las caderas para librarse de esas cálidas manos. Él apretó con más fuerza y la atrajo hacia sí. Fue imposible ignorar el estado de su excitación, que se clavaba en la parte baja de su espalda. Ella no pudo evitar jadear.

No puedo soltarte Gemma, me has dejado en un estado de deseo indecoroso a los ojos del público. Por favor, deja de retorcerte o tendré serios problemas... le advirtió.

Te vendría bien, ¿sabes? Que te dejara en semejante estado mordió el interior de su mejilla para ocultar su sonrisa.

Y estoy seguro de que me lo merezco, pero entonces surgirán todas esas molestas preguntas sobre quién me dejó en ese estado. No querrías que nadie adivine que ha sido tu belleza la que me ha hecho reaccionar así, ¿verdad? sus dedos se clavaron en su cintura.

Las amenazas están por debajo de usted, señor Holland.

No es cierto se rio. Yo amenazaría a más de uno por permanecer cerca de ti.

Jasper, no debes decir esas cosas intentó alejarse, pero él la sujetó por las caderas. La silenciosa demostración de su fuerza la hizo sentir chispas de energía y se le puso la piel de gallina.

¡Ahh! Por fin, odio que me llames señor Holland. Parece que sólo cuando te distraigo completamente, consigo que me llames Jasper su risita provocó un cálido aliento en su nuca, haciéndola temblar por la forma en que la hizo sentir. El calor se acumuló en su bajo vientre y trató de ejercer cierto control sobre sí misma.

Detuvo su débil forcejeo y trató de concentrarse en disparar. Levantó el arco, tiró de la cuerda hacia atrás para que tocara sus labios y la dejó volar. La flecha salió un poco hacia la izquierda del centro y ella murmuró una maldición decepcionada, la cual hizo reír a Jasper.

Por favor, dispare señor Holland, se lo ruego agitó el arco hacia la diana, instándolo a que tirara.

¿Volverías a llamarme Jasper si gano? preguntó arqueando una ceja. La mitad de su boca se torció en una sonrisa maliciosa.

Gemma sopesó las consecuencias y la posibilidad de vengarse. Planeaba distraerlo de tal manera que seguramente perdería.

Si ganas... haré algo más que llamarte Jasper esta vez sonrió, la misma sonrisa con la que

había visto a Lily atrapar a Henry cuando se habían conocido. Era un señuelo, algo que Gemma nunca había querido usar. Pero ahora quería usarlo con Jasper, herirlo como la habían herido a ella. Así que lo distraería, no es como si tuviera algo más que perder. James se había ido, ella había sido comprometida, y nada más importaba.

Su efecto en Jasper fue claro, su mirada se clavó en ella y frunció el ceño.

¿Qué clase de recompensa extra tendría derecho a reclamar? preguntó, aparentemente divertido por su repentina disposición a entrar en su juego.

Estoy segura de que cualquier cosa que tu imaginación pueda idear será adecuada. Ya no me importa mi reputación, así que no te molestes en censurar tus deseos por mí le espetó.

Ante su dura reacción, él torció hacia abajo y agachó la cabeza, evitando su mirada.

Ahh, ya veo. Entonces quizá no haya recompensa. Deberíamos simplemente terminar el juego se aclaró la garganta y todo el jugueteo desapareció.

Jasper adoptó su postura. Gemma se paró cerca de él, memorizando el contorno de sus músculos contra su blusa blanca, donde la tela se amoldaba a sus brazos cuando levantaba su arco. Tal vez podría distraerlo de la misma manera que él lo había hecho con ella. Se preparó para soltar la flecha y Gemma le habló suavemente cerca del oído, pasándole una mano desde la cintura hasta el pecho mientras apretaba su cuerpo contra el suyo desde atrás.

Me has tentado, ahora yo te tentaré...

Creo que ha despertado un lado bastante pecaminoso en mí, señor Holland... dijo Gemma en un susurro ronco. Su rico sonido envió un rayo de excitación directo a la entrepierna de Jasper, quien se tragó una maldición.

¿Oh? intentó parecer desinteresado mientras se preparaba para disparar. Si su puntería era certera, ganaría la partida, y aunque no había nada en juego, deseaba desesperadamente ganar. Estaba preparado para soltar su flecha cuando Gemma volvió a hablar.

Después de nuestro interludio en la caseta, estoy bastante decidida a buscar ese tipo de placer de nuevo y pronto. Tengo que agradecerte que me hayas abierto los ojos a las mejores partes de la vida dijo con un tono ligero, de despreocupada indiferencia. Sin embargo, él sabía que no podía decirlo en serio... No la había convertido en una mujer hastiada después de un solo encuentro en una caseta de jardín, ¿verdad?. Tal vez me vaya a Londres y me convierta en la amante de alguien. Es para lo único que sirvo estos días. Quizás incluso considere ser tu amante... se puso de puntillas y le besó la oreja izquierda.

El choque de sus palabras y el persistente beso hicieron que su flecha se desviara desastrosamente, tanto que erró el blanco por casi diez metros y atravesó la pluma del sombrero de Lady Greenley. Lady Greenley, quien había estado conversando con la madre de Gemma, gritó cuando la flecha le arrancó la capota de la cabeza y la clavó en el suelo a varios metros de distancia.

¡Nos atacan! ¡Haced sonar la alarma! chilló, agitando su sombrilla mientras corría hacia las mesas de té.

La cabeza de la señora Haverford giró en su dirección y los fulminó a ambos con la mirada.

Te matará cuando se entere de que has destrozado su mejor capota dijo Gemma con las manos apoyadas firmemente en las caderas. Una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios.

Y justo antes de que me decapite con esa maldita sombrilla, me aseguraré de decirle que no actué solo, sino que tú fuiste mi cómplice en el complot del asesinato de la capota replicó.

Para su sorpresa, ella se echó a reír.

¿Me traicionarías ante una criatura tan feroz como Lady Greenley? ¡Sinvergüenza! se rio a carcajadas. Algo se agitó en el pecho de Jasper y su corazón latió más deprisa. Le encantaba verla reír, la forma en que iluminaba sus ojos y desterraba toda tristeza. No quería volver a ver lágrimas de derrota brillando en su mirada. Lo destrozaría.

¡Vamos, por aquí, antes de que nos decapite! la cogió de la mano y señaló hacia las mesas de té. Gemma se volvió para ver que Lady Greenley había dado media vuelta en su despotrique.

¡Cielos, sabe que eres tú, Jasper! jadeó suavemente.

Lady Greenley desvió su atención del sombrero firmemente clavado en la hierba, hacia donde

estaban Jasper y Gemma. La anciana matrona tiró de sus mangas de un modo extrañamente serio, como un soldado que revisa su uniforme momentos antes de partir a la batalla.

Oh, vaya. Gimió Jasper para sus adentros. Lady Greenley se dirigió hacia él a grandes y rápidas zancadas, con su sombrilla preparada y sus ojos encendidos de sangrienta venganza. Se había enfrentado a muchas tormentas y batallas en el mar, pero nada se comparaba con aquella anciana y su sombrilla. El poder del Imperio Británico se construyó a partir de mujeres como Lady Greenley.

Demonio, ¿tratando de matar a una anciana? ¡Por Dios que te arrepentirás del día en que aceptaste mi invitación a esta fiesta! gritó en dirección a Jasper.

¿Quizás deberíamos correr por nuestras vidas? preguntó Jasper despreocupadamente como si estuviera ofreciéndole una taza de té. Fue recompensado con un brillo alegre en los ojos de Gemma.

Oh, sí. Huir sería lo más sensato asintió y Jasper la arrastró de vuelta hacia la seguridad del jardín.

La condujo por una curva tras otra en los setos antes de arrastrarla finalmente detrás de un alto muro de setos que tenía algunas ramas de hojas sueltas a través de las cuales se asomaron al otro lado. Lady Greenley desfilaba por allí, gritando a los descarados que se dejaran ver, agitando su sombrilla como si fuera un sable en el aire. Gemma se echó a reír, pero Jasper le tapó la boca con una mano, haciéndola callar.

Shh... debemos estar en silencio, bella cazadora, o atraeremos la atención de la bestia...

No le dirigió la mirada cuando él utilizó el apodo que ella le había dicho hacía tanto tiempo en sus cartas. No lo había olvidado, nunca podría olvidar lo que ella le había escrito.

Queridísimo James,

¿Puedes creer que casi es temporada de caza aquí? Mi padre está dirigiendo una cacería de zorros con el caballero local de Midhurst. Aunque aún me llama su Bella Cazadora, no soporto pensar en el pobre zorro. Seguiré trabajando con mi arco en su lugar, es algo mucho más adecuado para mi apodo...

La imagen de ella, de pie con un arco, con el cabello alborotado sobre su cara por el viento mientras se preparaba para abatir a un poderoso ciervo, pasó por su mente. Era una imagen que sus sueños no podían borrar. Había tantas cosas de ella que nunca olvidaría, que nunca podría olvidar. Si tan sólo pudiera tenerla como suya, como su mujer, pero ¿y si no podía perdonarlo por lo que había hecho? El engaño era la peor de las traiciones. La había engañado en el jardín y había utilizado su reacción ante su cuerpo en la caseta en su contra para satisfacer su propio deseo egoísta de poseer la pequeña parte de ella que pudiera. Y aún más, la había engañado durante once años con sus cartas.

Durante once años, había estado enamorada de su mejor amigo, no de él, y sin embargo era él quien se había obsesionado con ella, la hija del pequeño caballero del campo que nunca había puesto un pie fuera de Midhurst, excepto durante sus temporadas en Londres. Ella se había convertido en su mundo en la última década, y nunca sabría la verdad de lo mucho que no podía soportar la idea de perderla.

Gemma tiró de su mano y él la soltó durante un breve instante antes de volver a cogerla.

¿Deberíamos adentrarnos más en el jardín? ¿O crees que estamos a salvo de la persecución? susurró ella, girando la cabeza para que su mejilla rozara la de él.

La mantuvo enjaulada contra los arbustos por detrás, y le encantaba sentir su cuerpo pegado al suyo. Saborear estos breves momentos sería todo lo que tendría con ella.

Quédate aquí, si se acerca demasiado, podemos ir más profundo, pero por ahora... dejó que

una sonrisa maliciosa torciera sus labios y la rodeó con sus brazos...

La anciana los llamó y se acercó un poco más a su escondite. Jasper volvió a estrecharla contra él y su corazón se aceleró. Su cuerpo reconoció el de él instintivamente, su musculatura de hierro, fuerte mientras la rodeaba por detrás. Volvió a llevarle una mano a la boca, cubriéndosela de nuevo.

Shh... no quiero que hagas ruido, no deben escucharnos deslizó la otra mano desde su cintura hasta su pierna, hundiendo los dedos en la tela del vestido.

La presión de su mano en la parte interna del muslo, tan cerca del punto sensible entre sus piernas, hizo que le temblaran las rodillas. Permaneció absolutamente inmóvil, excepto por un leve temblor que se extendió por todo su cuerpo. Lo último que quería era alertar a Lady Greenley de su proximidad en una posición tan comprometida.

Jasper acercó la mano a su vulva, pero se detuvo justo antes de acariciarla con fuerza a través de la fina tela del vestido. Ella dejó caer la cabeza hacia atrás para apoyarla en su pecho, respirando entrecortadamente mientras su cuerpo palpitaba en lugares oscuros y secretos.

Estar tan cerca de él y rodeada en sus brazos la envolvió en su aroma masculino. Le trajo a la memoria imágenes de la caseta del jardín. Cómo le había gustado hacer el amor con él, sin importar el dolor y la incomodidad, compartirse con él había sido una especie de maravilla secreta que temía no volver a experimentar jamás.

Jasper inclinó la cabeza y acarició su cuello con besos juguetones. Su mano seguía firmemente en su sitio, cubriéndole la boca, lo que impidió el gemido que surgió en ella cuando chupó la sensible piel de su cuello. Era perverso dejar que la reprimiera y la excitara al mismo tiempo. Sin embargo, también la estremecía, la forma en que parecía saber cómo tocarla y mantenerla en silencio mientras estaban tan cerca de ser descubiertos.

Soy perversa, él me ha hecho perversa. Debería haberla avergonzado. Tal vez eso llegaría más tarde, pero por ahora quería abrazar su lado perverso con Jasper. Demasiado pronto acabaría aquella fiesta y también su futuro, pero podía aferrarse a él y a este sueño sensual sólo un poco más.

Una oleada de calor recorrió todo su cuerpo y dejó de luchar contra el creciente placer de las sensaciones.

Como si de un instrumento se tratara, Jasper le daba vida con la más mínima caricia de sus manos. Apretó la palma de la mano contra su muslo y la frotó allí, acercándose cada vez más a donde ella quería que la tocara. El dolor entre sus piernas se duplicó, pero era un dolor que recordaba, un dolor de necesidad, no de dolor real.

Aquel momento de éxtasis en la caseta volvió a su memoria, la intensidad de su unión, la fuerza de sus miradas compartidas y sus respiraciones entremezcladas... su dureza incrustada en lo más profundo de ella.

La humedad floreció al instante entre sus piernas y un hormigueo de expectación recorrió sus extremidades.

¿Haverford? ¿Holland? ¡Sé que estáis aquí! gritó Lady Greenley.

La respiración de Jasper en su cuello se aceleró y rio suavemente entre la sensual danza de sus labios sobre su piel.

Gemma puso la mano derecha sobre la de Jasper, la cual aún la acariciaba la parte interna de su muslo. Él entrelazó sus dedos con los de ella y volvió a mover el brazo hasta su cintura, aun

sujetándole la mano. Fue una sensación poderosa ayudar a sostener su brazo alrededor de su cintura, como si estuvieran bailando una danza sin pasos.

Su cuerpo ansiaba el de él, con un impulso primario que nunca cambiaría, que nunca se detendría. Siempre anhelaría sus caricias y saber eso la aterrorizaba, porque nunca tendría a Jasper para llamarlo suyo. Nunca sería *suyo*.

Lady Greenley desapareció de su vista y todo lo que había estado surgiendo entre ellos se detuvo. Durante un largo momento ninguno de los dos se movió, temerosos de romper la silenciosa veneración de su cercanía.

Con una lenta muestra de pesar, se separó cortésmente de ella y miró a través del seto. Gemma supuso que quería asegurarse de que Lady Greenley había abandonado a su presa.

Creo que ya podemos irnos susurró él. Tenía la cara un poco sonrojada. Debía de estar disfrutándolo también.

Al menos no soy la única afectada, ojalá no tuviéramos que separarnos. Pero tenían que hacerlo. Le había dejado claro que no la aceptaría como esposa y ella no podía simplemente dejar escapar sus sentimientos por James, aunque hubiera resultado ser diferente al hombre que había llegado a amar en sus cartas. Si tan solo Jasper y ella... No podía permitirse pensar en lo que podría haber sido. ¿Qué opción les dejaba eso a ninguno de los dos? ¡Malditos hombres! Parecía que no se podía vivir con ellos ni sin ellos. También parecía que se podía querer a un hombre que la había arruinado a propósito sin intención de casarse con ella. ¿Estaba traicionando a su género al dudar entre estrangularlo o besarlo?

Probablemente, la vocecita en su cabeza la reprendió.

¿Vamos? Jasper le ofreció su brazo.

Gemma lo estudió durante un largo rato y luego negó cortésmente con la cabeza. Acomodó sus faldas y caminó delante de él, liderando el camino. Era mejor que no los vieran juntos. No podía soportar pensar en lo mucho que deseaba volver a estar en sus brazos, sentir la caricia de sus labios, el contacto de sus manos sobre su piel. Pero como eso no era posible, ahora se separaría de él.

Cuando por fin salieron de los jardines, la gente ya se estaba marchando. Los carruajes se alineaban y se traían caballos para los hombres que habían cabalgado hasta la fiesta.

Gemma se deslizó hasta el carruaje de sus padres sin ser vista ni percibida más que por unos cuantos vecinos que se limitaron a saludarla. Se dejó caer en el asiento del carruaje y respiró aliviada al ver que ese horrible día había terminado. Lo único que deseaba era llegar a casa y quemar el montón de cartas que James le había escrito.

¿Y bien, Gemma? ¿Te ha gustado la fiesta? le preguntó su padre mientras ayudaba a su madre a subir al carruaje.

Ha sido... intensa ¿Qué más podía decir?

Su padre sonrió.

Sí, lo fue, ¿verdad? Con el compromiso del joven Randolph. Aunque no me sorprende, incluso cuando era un niño se lanzaba de cabeza a todo sin pensar detenidamente reflexionó.

Oh, John, cállate advirtió su madre.

¿Qué quieres decir, padre? se inclinó hacia delante para incitar a su padre a que continuara con sus repentinamente interesantes observaciones.

Bueno, esa chica Stevens para empezar. Cualquier hombre que se precie puede ver qué clase de criatura es... y no es una buena, eso es seguro. Pero si coges a un hombre como Jasper Holland, bueno, ahí tienes a un hombre de buen juicio. Su tiempo fuera sólo lo ha hecho progresar. Ha ahorrado una singular fortuna y ahora que está en casa, su finca volverá a tener un

dueño. Ha estado vacía demasiado tiempo desde que sus padres fallecieron siguió hablando de otros invitados y Gemma pronto perdió el interés.

Su madre, sin embargo, la observó con una expresión intrigada.

Gemma, ¿estás bien? Hay algo diferente en ti...

¿Diferente? se analizó preocupada, preguntándose si se había estropeado su vestido o si había algo raro en su aspecto.

Sí, querida, vuelves a estar un poco ruborizada. ¿Tienes fiebre?

¿Fiebre? repitió débilmente.

Y tu vestido... ¿qué has estado haciendo? Esa muselina está bastante arrugada en algunas partes... ¿tienes ramitas en el cabello? la miró preocupada.

Su padre palmeó la rodilla de su madre para tranquilizarla.

Oh, ella está bien, Julia, tiene color en las mejillas y un brillo en los ojos. Le sienta bien. Seguro que ha estado paseando por los jardines, déjala en paz.

El resto del camino a casa, sus padres la dejaron sola con sus pensamientos centrados en Jasper y el montón de cartas que pretendía quemar antes de que acabara la noche.



Un momento, sinvergüenza la voz chillona de Lady Greenley paró en seco a Jasper a mitad del césped.

Ajustándose el abrigo sobre los hombros, giró sobre sí mismo y se volvió hacia la anciana matrona.

Ella se había vuelto a poner la capota en la cabeza, y Jasper hizo una mueca de dolor al ver el corte del tamaño de una asta donde su flecha había atravesado parte del abundante y caro plumaje.

Lady Greenley respondió. ¿Qué le decía uno a una anciana veterana que probablemente podría marchar a su lado en el frente de batalla?

Sé lo que has estado haciendo hoy en mi jardín sus ojos grises eran brillantes y claros. Los setos hablan, querido muchacho, y mis setos me han hablado bastante de ti y de la señorita Haverford.

¿Los setos hablan? La mujer estaba loca... completamente loca.

Lady Greenley, realmente no sé lo que...

¡Ejem! No trates de mentir, joven novato. He tratado con hombres más astutos que tú en mis días. Ahora, dime qué piensas hacer con Haverford hablo de Gemma sin rodeos, usando su apellido como un general del ejército hablando de uno de los hombres de su guarnición.

¿La señorita Haverford? No tengo nada que ver con ella la mentira supo amarga en su lengua.

Antes de que pudiera respirar, la sombrilla lo golpeó con fuerza en el pecho y murmuró una maldición no apta ni para los oídos de la vieja dragona Lady Greenley.

Cuida tu lengua, jovencito. Ahora, Haverford. Estás desesperadamente enamorado de ella, por supuesto, pero crees que no puedes tenerla. ¿Por qué? levantó un dedo enguantado, articulando su punto. Porque siempre ha estado enamorada de ese imbécil de Randolph. Sí, sí, lo sé todo. La he visto enviarle esas tontas cartas todos estos años en la ciudad. Ella creía que no me daba cuenta, pero sí lo hacía la anciana sonrió.

Eh... ¿Debería dejar que la anciana siguiera divagando e intentar volver a los jardines? Probablemente podría dormir en la caseta si fuera necesario, un poco incómodo, pero había

dormido en peores condiciones en el mar.

Y no creas que no me fijé en la letra de las cartas que recibía. Cambió, ¿sabes? A menudo veía las cartas esos primeros meses, las de él.

¿De él? preguntó.

¡Randolph! Lady Greenley exhaló un suspiro exasperado. Sígueme el ritmo, querido muchacho. Verás, Randolph sólo le escribió por poco tiempo. Otra persona empezó a escribirle haciéndose pasar por él. La caligrafía estaba mal. Se lo comenté, pero me dijo que era porque estaba en un barco y no podía escribir con el oleaje del océano. Qué tontería.

Jasper se quedó muy quieto. ¿Cómo podía haberse dado cuenta la anciana? El cambio de caligrafía cuando él se había encargado de escribirle a Gemma, sólo un año después de haber comenzado su servicio. Al principio había hecho todo lo posible por imitar la letra de James, pero al cabo de un año había vuelto por completo a su propia caligrafía.

¿Y qué tiene que ver esto conmigo, Lady Greenley? preguntó.

La anciana fijó en él una mirada perspicaz, plantó la punta de su sombrilla en el suelo y se apoyó en ella.

Creo que tiene *todo* que ver contigo, muchacho. Sé que tienes la tonta idea de que no puedes ser tan buen hombre como lo fue tu padre. Pero debes saber que murió con tu nombre en los labios mientras estabas fuera cumpliendo con tu deber para con este país. Estaba orgulloso de ti. Todos estamos orgullosos de ti, Holland. No pienses ni por un momento que no eres digno de una mujer como Haverford, porque lo eres. Le escribiste durante casi una década, ¿verdad? Eso es algo que haría un buen hombre, un hombre que debería casarse con la mujer de la que está locamente enamorado. ¿No estás de acuerdo? ella ladeó la cabeza, pero él no supo qué decir. Quería a Gemma a toda costa y había decidido que la seduciría, aunque tardara años en recuperar su corazón de manos de James. Mejor busca tu lengua, querido muchacho, luego dirígete a la casa de Haverford y ruégale perdón y pídele que se case contigo y con eso Lady Greenley lo dejó, solo y confundido.

¿Y si era demasiado pronto? James acababa de romperle el corazón. Con una mujer como Gemma, no dirigiría su amor hacia otro hombre tan rápidamente. Era demasiado leal para eso. En otras circunstancias la habría elogiado por tal cualidad, pero ahora se interponía entre él y su cortejo.

Volvió a su preocupación principal. ¿Diría que sí él si se lo ofrecía? No se merecía que dijera que sí, no después de la manera arrogante en que la había utilizado para su propio placer y había tomado su virtud en una maldita caseta de jardín. Había estado demasiado desesperado por demostrarle todo lo bueno que podía haber entre ellos. Y ahora pagaría por ello, probablemente sufriendo su repugnancia durante el resto de sus vidas. Pero... ¿y si pudiera ganarse el perdón de Gemma de alguna manera y demostrar que podía hacerla feliz? ¿Aceptaría casarse con él después de todo lo que había pasado entre ellos?

Las sombras casi púrpuras del crepúsculo bañaron el salón con suaves tonos apagados mientras Jasper se paseaba frente a la chimenea de la casa de los Holland. Con las manos entrelazadas en la espalda, se movía con la precisión militar que le dieron los años que llevaba paseándose por las cubiertas mientras montaba guardia de madrugada, con la mirada atenta para divisar las velas enemigas o para meditar sobre su hogar cuando las aguas estaban quietas. Esta vez no fue muy diferente a aquellas, salvo que ahora se debatía sobre qué hacer con la mujer que había hecho que su última década mereciera la pena.

No podía quitarse a Gemma de la cabeza. En el lapso de una tarde todo había cambiado. La mujer por la que se había preocupado durante diez años por escribirle cartas era infinitamente más increíble en carne y hueso. No podía soportar la idea de no volver a hablar con ella o, peor aún, saber que otro hombre la abrazaría, la besaría y la haría gritar de placer. Era privilegio suyo, de nadie más, hacerla feliz, mostrarle las delicias del mundo, tanto en el placer de la mente como del cuerpo. La cuestión era si podría convencerla de que le importaba. Si supiera la verdad de sus cartas y del plan de James, los odiaría a ambos para siempre y su oportunidad se arruinaría.

¿Señor? la voz de su ayuda de cámara llegó desde la puerta de la biblioteca, sacándolo de sus pensamientos.

¿Sí? se volvió hacia el hombre de baja estatura y avanzada edad.

Es el señor Randolph, que desea verle, señor anunció el hombre, haciéndose a un lado para dejar pasar a James a la biblioteca antes de que los dejara solos.

Menudo día hemos tenido, ¿eh, Jas? James sonrió.

Sólo tú, amigo. Te has comprometido con la señorita Stevens, como era tu deseo. Aunque siempre me extrañará que la eligieras después de haber visto lo hermosa y perfecta que ha resultado ser Gemma. Enhorabuena a los dos añadió apresuradamente.

La mirada de James recorrió la habitación y se limitó a agitar una mano en el aire.

Oh, no te hagas el tímido conmigo, Jas. Reconozco un poco de resplandor cuando lo veo, y nuestra querida chica inocente ya no es tan inocente. Estaba radiante como un melocotón maduro. No te llevó mucho tiempo arrancar la fruta del árbol. ¿Cómo estuvo? soltó una risita.

Jasper golpeó a James en la mandíbula con un potente gancho de derecha. James se tambaleó hacia atrás, con los labios entreabiertos, y respiró entrecortadamente mientras miraba fijamente a su amigo.

Después, recuperó la sonrisa.

Bueno, aquí hay un giro inesperado. ¿Es posible que te hayas enamorado perdidamente de la inocente campesina? tocó su labio lastimado donde una fina línea de sangre resbalaba por su barbilla.

James, no me obligues a enseñarte la puerta. No toleraré una palabra contra Gemma ni en broma ni de ninguna otra forma advirtió, y se acunó sus nudillos lastimados. La media sonrisa de James se desvaneció y dio un paso tentativo hacia su amigo.

Dios mío, es verdad. ¡Estás loco de amor! El frío y calmado Jas se ha convertido en un fanfarrón enamorado sonrió y golpeó la espalda de su amigo amigablemente.

No la amo, estás muy equivocado. Es una chica dulce, eso es todo.

¿Dulce? Nunca en mi vida te he escuchado alabar a una mujer como lo has hecho con Gemma en estos dos últimos días. Antes de eso, cuando estábamos en el mar, recuerdo claramente que al menos una vez al mes pedías permiso para salir temprano de la cena para salir corriendo a contestar las cartas que llegaban. No sabía que era Gemma a quien escribías, pero ahora todo tiene sentido. Mi buen hombre, estás enamorado de ella, lo reconozcas o no.

Jasper se hundió en el sillón más cercano cuando la verdad lo golpeó... amaba a Gemma. Lady Greenley y James tenían razón. Cómo ocurrió... cuándo ocurrió, no estaba seguro. Pero verla la noche anterior en los jardines, besarla, hacer el amor con ella hoy en la caseta habían sido experiencias que nunca se sacaría de la cabeza. Su belleza exterior brillaba tanto como su belleza interior, la belleza que había aprendido a amar durante cinco años. La amaba. La amaba tanto que todo lo que le había hecho en los últimos días para herirla lo estaba matando por dentro. No podía dejar que James supiera cuánto amaba a Gemma, no hasta que fuera suya. Aunque le confiaba muchas cosas a su mejor amigo, incluida su vida, no confiaba en que no intentara robarle a Gemma.

No podía soportar la idea de que Gemma desapareciera de su vida para siempre... pero ¿cómo podía confesarle el secreto de las cartas sin provocar su odio?

Bueno, supongo que debo irme, ya que tienes una dama que cortejar se dirigió a la puerta para marcharse.

¿De qué estás hablando? gruñó.

James le dedicó esa sonrisa indulgente que los padres suelen dedicar a los niños lentos.

¿No sabes cómo van estas historias, Jas? Tienes que cabalgar con tu caballo más veloz hasta la casa de la bella dama y trepar por el enrejado cubierto de rosas hasta su habitación. Cuando te conceda la entrada, te pones de rodillas y suplicas su amor. Luego le das un beso o dos y te vas con su padre. Es muy sencillo soltó una risita.

¿Sencillo? Creo que preferiría enfrentarme a una flota de fragatas francesas, con nuestros cañones de costado con la mitad de las municiones... gruñó, pero su amigo ya se había marchado. Suspiró pesadamente y luego llamó a su ayuda de cámara.

¿Sí, señor? esperó las instrucciones de su amo.

Prepara mi caballo más rápido ordenó.

El sol se había puesto hacía unas horas y lo único que Gemma quería hacer era recostarse en su cama y no moverse. Le dolían todos los huesos del cuerpo y estaba cansada de la vida. Lo que había pasado hoy con James y Jasper la había hecho pedazos. Once años de su vida habían desaparecido en un abrir y cerrar de ojos y su futuro era incierto. Una tensión en su pecho le dificultaba un poco la respiración. ¿Qué iba a hacer ahora que no tenía un plan para su futuro ni opciones? Un latido sordo empezó a resonar como un tambor justo detrás de sus ojos. Tendría que superarlo. De algún modo...

Apoyó un codo en su almohada y se quedó mirando la mesita junto a su cama. Una pila de

cartas atadas con una cinta de raso negro estaba al alcance de su mano. Aún no se había atrevido a quemarlas. Extendió la mano y acarició el paquete con las puntas de sus dedos, con una amorosa desesperación.

¿Qué daño haría leer una carta antes de quemarlas todas? Sacó una del montón y desdobló las hojas. Echó un vistazo a las primeras líneas de una de las primeras cartas y casi se atragantó. Allí estaba, una referencia a que ella era la bella cazadora. Había compartido con James el apodo que su padre le había puesto y él le había escrito a menudo llamándola la bella cazadora.

Hoy Jasper la había llamado la bella cazadora. ¿Cómo había sabido llamarla así? ¿Quizá James se lo había dicho? Parecía improbable que hubiera compartido ese detalle. También le resultó extraño que el hombre al que había escrito durante los últimos once años no hubiera actuado como el hombre del que se había enamorado. Le había parecido un completo extraño, alguien indiferente a sus sentimientos y que no creía en ella cuando más necesitaba su confianza. Ese no era el hombre al que amaba. Entonces, ¿cómo sabía Jasper cómo la llamaba su padre? ¿Había robado las cartas de James?

Los arbustos que habían bajo su ventana crujieron suavemente y un curioso sonido acompañado de una maldición murmurada resonaron bajo su ventana.

Gemma dejó caer la carta sobre la cama y se incorporó cuando un hombre apareció por el borde del alféizar. Cayó sobre el borde y al suelo con un gruñido.

¿Jasper? jadeó sorprendida.

Lucía como una ninfa de jardín demente, con cortes de espinas de rosas en las manos y hojas verdes y ramitas anudadas en los pantalones y la camisa. Gemma no sabía si reírse o asustarse de que acabara de subir a la ventana de su segundo piso como un Romeo despistado.

Jasper, ¿qué demonios haces aquí? siseó.

Él se recompuso y le dedicó una sonrisa tímida. Sacudió la cabeza y ramas y hojas cayeron al suelo.

Trepar por el enrejado era mucho más fácil cuando era un muchacho y ponía renacuajos en el alféizar de tu ventana.

Se le escapó una risita sin aliento.

Me lo imagino.

Siento no haber usado la puerta principal, pero quería un minuto a solas contigo. Claro que ahora no recuerdo qué demonios quería decirte, ya que estás tan... hizo un gesto con su mano por su cuerpo.

Al mirarse, Gemma palideció. Apenas llevaba ropa y se apresuró a coger la bata de la silla que había junto a él.

No te escondas, Gemma, me deleitaría con tu belleza... como sólo un humilde marinero puede aspirar a alcanzar las estrellas del cielo nocturno... la cogió por la cintura, tirándola suavemente hacia él.

Esas palabras... eran de la carta más reciente, la que le había enviado junto con la venda de estrellas plateadas. ¿Cómo podía saber lo que James había escrito? Sabía *demasiado*. Sus cartas debían haber sido entregadas a él. Eso explicaría cómo conocía todos los deseos de su corazón, todos sus secretos...

Jasper... por favor... su cuerpo se sonrojó y se calentó dondequiera que él lo tocaba, pero no podía desearlo. Amaba a James, había amado a James. No podía amar a otro, no tan pronto.

Gemma, tenía que verte de nuevo, hay algo que necesito decirte su mirada se posó en la pila de cartas esparcidas sobre su cama, luego en su apariencia escasamente vestida. Dios, haces esto tan difícil. Intento confesarte mis pecados y lo único que quiero es arrastrarte a mis brazos y

besarte hasta que aceptes perdonarme.

¿Confesar sus pecados? ¿No había hecho suficiente para romperle el corazón hoy?

Deberías irte. Si mis padres se enteran de que has venido...

La abrazó y la besó profundamente.

Ella se resistió sólo un segundo antes de relajarse bajo su boca hambrienta. Cada vez que la besaba, parecía arder fuego entre sus labios, un fuego que ansiaba como a ninguna otra cosa. Ese hombre tenía el poder de atarla con la magia de un beso y odiaba que *amara* eso de él. Cuando por fin la soltó, se arrodilló y le cogió las manos.

Sorprendida por el repentino movimiento, intentó liberar sus manos, pero él no la soltó.

Cásate conmigo, Gemma le dijo.

Sus ojos brillaron con lágrimas frescas, que no pudo secar porque él no le soltaba las manos. A pesar de que James había resultado ser tan desgraciado, no podía deshacerse de lo que había sentido por él durante los últimos once años. Aquellas emociones profundas no se desvanecerían como la niebla bajo el sol del mediodía. El dolor del corazón tardaba en curarse y odiaba haberse dejado engañar por James y sus dulces palabras.

No puedo casarme contigo, no cuando estoy enamorada de otra persona le dijo.

¿Todavía estás enamorada de James? preguntó, su tono extrañamente tranquilo.

Ella asintió y una risita afligida escapó de sus labios.

Qué tontería, ¿verdad? El hombre al que amo no es el hombre que conocí hoy, pero no puedo dejar ir tan fácilmente lo que siento estaba sufriendo un tormento tan intenso que todo su cuerpo empezó a temblar.

Jasper se levantó y los acomodó a ambos en la cama con ella a su lado para poder secarle las lágrimas con la punta de sus dedos.

¿Por qué lo amas? sus dedos eran suaves sobre su piel mientras borraba el rastro de sus lágrimas.

No debería amarlo, ya no, no es el hombre del que me enamoré. Ese hombre, el que me escribió, *ese* James, es a quien amo. Los últimos años... nuestras cartas... significan *todo* para mí... no puedo olvidar ese tipo de amor tan pronto confesó. A pesar de su deseo de no herir más a Jasper, no pudo evitar rodearle el cuello con los brazos y enterrar la cara en su pecho. Era tan injusto para ambos que ella deseara tanto al hombre que escribió las cartas como al hombre cuyo cuerpo la sostenía ahora. Era imposible elegir entre los dos.

¿Amas al hombre que escribió esas cartas? preguntó.

Levantó la mirada. Sus largas y oscuras pestañas estaban cubiertas de lágrimas, lo que dificultaba ver a través de ellas. Parpadeó y se pasó una mano por los ojos para secar sus pestañas.

Sí... dijo.

Una sonrisa tentadora y pícara curvó sus labios, como si tuviera el resto de su vida para formar esa sonrisa y disfrutar de la forma en que la hacía estremecerse de anhelo.

Gemma, eso es lo que he venido a decirte. Yo escribí esas cartas. No James.

Su corazón pareció dejar de latir durante un breve instante, lo suficiente como para que el inesperado dolor le escociera en el pecho cuando este volvió a la vida.

¿Qué? casi balbuceó la palabra, incapaz de decir más que eso.

Los últimos diez años, he sido yo quien te ha escrito. James quería que lo hiciera porque no tenía el valor de romper vuestro entendimiento. Pero yo tampoco podía, no cuando empecé a escribirte... me enamoré de ti, Gemma.

¿Jasper escribió las cartas que habían hecho nudos en su corazón? Él era el que había escrito

los divertidos poemas sobre los marineros y sus tareas diarias. A él le había confesado todos sus sueños y él le había compartido los suyos. Más dolor se clavó en su corazón. Otro engaño, otra sarta de mentiras la desgarraron, arrancando la última pizca de control que la mantenía unida.

¿Tú escribiste las cartas? cada palabra salió de sus labios en un ronquido tenso.

Sí.

¿Decías todo eso en serio? ¿O todas las cartas eran mentira? cuando intentó tocarla, ella le empujó las manos.

Jasper inclinó la cabeza, pero sus ojos se clavaron en ella.

Sí. Cada *maldita* palabra. Te di todo lo que soy, Gemma. No he mentido en nada. Ni siquiera firmaba las cartas como James. Siempre era 'J' de Jasper. Incluso desde el principio no quise mentirte ignoró su intento de retroceder y estrechó su cara entre sus manos, sus labios estaban separados por tan solo un suspiro. Un brillo implacable en sus ojos ablandó su corazón sangrante. Lo que decía iba en serio, se notaba en la firmeza de sus labios y en la intensidad de su mirada.

Por favor, Gemma su voz era un susurro ronco un tanto desgarrado por la emoción. Tú me salvaste. Tus cartas me salvaron una y otra vez. Déjame luchar para reconquistarte, dime que aún tengo una oportunidad de volver a ganarme tu corazón sus ojos se iluminaron con... ¿eran lágrimas lo que ella vislumbró?

¿Quieres luchar por mí? se acercó a él para rodearle las muñecas con los dedos.

Respondió con un asentimiento lento y definido.

James es mi mejor amigo. Estaba en deuda con él por una vez que me salvó la vida en el mar. Esa fue la única razón por la que acepté este miserable plan para engañarte y me odio por ello. Créame. Mejor aún, déjame demostrártelo. Déjame demostrarte cuánto te adoro, cuánto te amo hasta la locura. Eres lo primero en mi vida, ahora y siempre. Aunque no me des tu corazón, tienes el mío en tus manos le rozó las mejillas con los pulgares. Sus palabras fueron un hechizo hipnótico sobre su alma herida, curándola de todo el dolor que había sufrido en los últimos días.

El hombre al que amaba no era James. Era Jasper. Y él también la *amaba*. La finalidad y el alivio absoluto la golpearon tan fuerte que expulsó un suspiro y tuvo que aspirar otro cuando la cabeza le dio vueltas.

¿Gemma? ¿Estás bien?

Aferrándose a los hombros de él, casi soltó una risita.

No solía desmayarme hasta que apareciste tú. ¿Qué pensaría lady Greenley de mí, desmayándome como una tonta?

Su cálida risa retumbó en lo más profundo de su pecho.

Te diría que te pararas derecha y volvieras a la realidad, Haverford su tono imitó a la vieja hacha de batalla de Lady Greenley.

Gemma rio más fuerte, sólo para sofocar el sonido con sus manos. Sería un completo desastre que sus padres la escucharan y vinieran a ver cómo estaba.

Recobrando la compostura, levantó la vista y lo miró. Había tantas cosas que quería preguntarle, saber acerca de todo lo que se habían escrito en la última década, pero debía tener claro lo que él había hecho y lo que James había hecho.

¿Y el jardín? ¿Tú me dijiste que nos viéramos allí y me enviaste la venda? las piezas del rompecabezas parecían estar encajando... el cambio en la caligrafía, en el tono e interés, la profundidad de la emoción también había cambiado. A James nunca le gustaba hablar de cosas serias, pero a Jasper sí.

Con expresión adusta, asintió.

Yo te envié la venda y te pedí que te reunieras conmigo en el jardín. James me dijo que tenía que comprometerte para tener una razón para romper el entendimiento cuando descubriera que habías estado con otro. Me odié por haberte hecho eso.

¿Por qué no vino a mí y me dijo desde el principio que no me quería? se inclinó hacia él, ansiosa por sentir el latido de su corazón contra su mejilla.

Porque es un canalla. Debería haberle dicho que no lo haría, pero fui un tonto que quería ayudarlo. Fui al jardín por lealtad a él, pero cuando te vi aquella primera vez en el jardín, Dios cómo te deseaba, Gemma. Todo lo que habíamos compartido a lo largo de los años volvió a mí de golpe y no pude alejarme de ti le levantó la barbilla para que tuviera que mirarlo a los ojos.

¿De verdad me amas? su calor contra el de ella le nubló la mente, pero tenía que estar segura de él y de su amor.

Más de lo que crees admitió con una inesperada vulnerabilidad en los ojos que hizo que lo amara aún más.

Trepé por un maldito enrejado, desafiando peligros espinosos por ti, mi bella cazadora. Ahora, dame una respuesta, una que no rompa el corazón de este pobre marinero. ¿Puedo aún alcanzar la bella estrella que brilla en mi cielo nocturno? sus labios acariciaron su mejilla y por un breve segundo ella olvidó respirar.

Amaba a Jasper. El darse cuenta la hizo marearse.

Yo... me casaré contigo Jasper giró la cabeza para atrapar sus labios con los suyos en un beso dulce y tierno, lleno de emoción y nada más entre ellos, excepto ese amor que una vez había ardido sólo entre las páginas de sus cartas. Ahora ardía entre sus labios.

Él le apartó el cabello y ella le cogió la mano, viendo los moratones rojos de sus nudillos.

¿Qué ha pasado? preguntó, y luego rozó su piel enrojecida con los labios.

Él frunció un poco el ceño.

Golpeé a James.

¿Golpeaste a James? ¿Por qué demonios? no podía imaginarse a los dos hombres llegando a los golpes.

Estaba siendo él mismo, y yo estaba cansado de que mancillara el buen nombre de una mujer inocente dijo.

Volvió a llevarse su mano a los labios y besó cariñosamente las sensibles magulladuras. Había defendido su honor. Un pícaro tan caballeroso... y era suyo.

Sabes, si quieres curar mis otras heridas con tus besos, hace poco fui atacado por Lady Greenley en varios lugares sus labios se curvaron en una sonrisa profundamente peligrosa que hizo que el cuerpo de Gemma destellara con un calor tentador.

¿Oh? ¿Y dónde sería eso? arqueó una ceja, ofreciéndole una cálida sonrisa para alentararlo.

Él tocó su mejilla y ella la besó. Tocó su cuello y presionó un beso allí también. Se quitó la blusa y se tocó el pecho. Gemma bajó los labios desde su cuello centímetro a centímetro.

¿En algún otro sitio? le preguntó con una voz baja y sensual.

Los ojos de Jasper se oscurecieron y suspiró, ajustándose los pantalones.

Bueno... empezó a tocarse el muslo cuando unos pasos resonaron en las escaleras.

Rápido, baja. ¡Es mi padre! lo empujó de la cama, ignorando el golpe y el gruñido ahogado. En el momento en que su padre llamó a su puerta, ella pateó el cuerpo de Jasper junto a sus piernas, instándolo a deslizarse bajo su cama.

¿Gemma querida? ¿Te encuentras bien? ¿Puedo pasar? preguntó su padre, su voz se escuchó un poco apagada por la puerta de madera.

No estoy del todo decente, papá, pero puedes echar un vistazo dentro si quieres dijo.

A mí también me gustaría echar un vistazo el susurro perverso de Jasper ascendió por sus piernas desnudas y una mano cálida empezó a deslizarse por su pantorrilla.

Ella pataleó, pero la mano de Jasper no se fue.

Su padre asomó la cabeza por la puerta y la miró, con una agradable sonrisa rondándole los labios.

¿Todo bien, querida?

Sí, estoy bien, sólo preparándome para ir a la cama mintió.

Él la estudió con una mirada ilegible y ella se sonrojó. Todo tenía que ver con los labios de Jasper contra el interior de su muslo, justo fuera de la vista de su padre.

Bueno, tu madre se va a dormir. Estaré despierto un rato más si me necesitas su padre empezó a irse, pero se detuvo, y con otra pequeña sonrisita, volvió a hablar. Señor Holland, cuando se encuentre en condiciones de levantarse de detrás de la cama de mi hija, por favor venga a mi estudio para que usted y yo podamos discutir la dote de Gemma y entonces, cerró la puerta de la habitación dejándolos solos de nuevo.

Gemma cayó mortificada sobre la cama, enterrando la cara entre sus manos.

Jasper se levantó de un salto y se paró frente a ella. La recostó suavemente boca arriba y deslizó las manos por debajo de su camisola, intentando quitársela.

Jasper, ¿qué estás haciendo? intentó bajarse la camisola, pero él le apartó las manos.

Tu padre no me espera hasta dentro de un rato, así que disfrutemos del momento susurró. Le besó los labios mientras le separaba las piernas y se deslizaba sobre ella.

Gemma soltó una risita cuando él le mordisqueó la oreja. Le encantaba la forma en que él podía ser en parte rudo y en parte suave, como si su necesidad de ella fuera tan grande, pero su amor por lo calmaba lo suficiente como para ir más despacio cuando ella lo necesitaba.

Eres terrible, ¿lo sabías? le dijo Gemma, respirando ahora más deprisa. Dejó que sus manos recorrieran su espalda y agarró su camisa, levantándola. Piel desnuda, eso es lo que quería. Su piel bajo sus manos para poder sentir cada movimiento y contracción muscular mientras él le hacía el amor.

¿Esperas que admire a mi estrella desde lejos? Yo creo que no, he probado el paraíso que es tu amor y no puedo soportar esperar ni un segundo más... su voz estaba ronca y tenía los ojos entrecerrados mientras acariciaba uno de sus pechos, masajeándolo con suavidad y pericia, hasta que ella jadeó por el deseo de tener su boca allí.

Se estrechó más hacia ella, la fuerza de su deseo presionaba contra su ahora adolorido centro.

¿Cómo podía ser así hacer el amor con él? ¿Mitad pasión, mitad placer, como si el estar juntos no fuera sólo placer, sino un auténtico gozo sin aliento? ¿Quién iba a decir que el amor podía ser así? Que podía estar enamorada de un hombre y sentirse tan cerca de él, por dentro y por fuera, como se sentía ahora. Que pudieran disfrutar el uno del otro siendo tan íntimos. Era maravilloso. Simplemente maravilloso. Otro de los milagros de la vida que no daría por sentado.

¿No será eso la sombrilla de Lady Greenley? bromeó y deslizó la mano por debajo de él para acariciarlo a través de su ropa interior. Cogió su grueso miembro y apretó lo suficiente como para que gruñera contra su cuello y le mordisqueara el lóbulo de la oreja. El punto sensible que hacía explotar todo su cuerpo con una necesidad ardiente que pronto la haría suplicar.

Dios mío, no, pero prometo usarlo mucho mejor que una sombrilla... su rica voz retumbó en una profunda risa gutural mientras se quitaba los pantalones.

Con un pequeño movimiento, Gemma se acercó y él se colocó en posición. De un empujón, la penetró hasta adentro. Ella gimió ante el estiramiento y el ligero dolor, pero no duró mucho antes de que el placer lo venciera.

Sus rostros estaban cerca, sus cuerpos se tocaban por todas partes y el darse cuenta de eso la hizo estremecerse. Cada parte de ella estaba abierta a él, no sólo su cuerpo, sino también su corazón.

¿Prometes amarme para siempre? le preguntó mientras sus cuerpos se mecían en perfecta sincronía.

Cogió sus muñecas y las colocó en la cama junto a su cabeza, el movimiento dominante la hizo arder aún más. Ahora los controlaba a los dos, podía hacerle lo que quisiera y, como confiaba en él, sabía que sólo le daría placer.

No tengo que prometértelo, Gemma murmuró contra su boca y la penetró lenta y suavemente, como si tuviera todo el tiempo del mundo para hacerle el amor.

¿Qué? la confusión revoloteó por su mente aturdida por la pasión.

Él soltó una risita, se deslizó más profundamente dentro de ella y llegó a un punto que hizo que todo su cuerpo se paralizara. El clímax la golpeó tan fuerte que vio las estrellas.

Las promesas pueden romperse. ¿Mi amor por ti? ¿Lo que siento por ti, por nosotros? No es algo que se romperá nunca. Eres mía, Gemma Haverford, y nunca te dejaré ir.

Ninguno de los dos habló. Él siguió meciendo su cuerpo, y ella soportó las ondulantes réplicas de placer mientras lo veía correrse por encima. Sus labios entreabiertos, sus ojos cada vez más abiertos y la sonrisa de felicidad que le siguió.

Dios, mujer, me alegro tanto de que seas mía lo susurró tan suavemente que, por un momento, Gemma pensó que lo había imaginado.

Acariciándole la cara, ella recorrió sus labios con los suyos y sintió el escozor de las lágrimas de felicidad en sus ojos.

Y tú eres mío. Debería haber sabido que no podría resistirme a semejante tentación.

¿Tentación? enarcó una ceja.

Oh, sí, desde el momento en que me tocaste en el jardín, has sido una perversa tentación, pero ahora eres mío, mi perverso pícaro.

¿Perverso pícaro? Eso me gusta bastante le mostró una sonrisa ladeada que le habría debilitado las rodillas si aún hubiera estado de pie.

Gemma se rio antes de volver a encontrar sus labios en los suyos. Era hermosa, esta pasión nacida de las palabras, consumada con el cuerpo y soportada por las almas. Cada momento había valido la espera.

¡Gracias por leer *Tentada por un pícaro*! ¡Pasa la página para leer el primer capítulo de *Seduciendo a una heredera en un tren*!

SEDUCIENDO A UNA HEREDERA EN UN TREN

Londres, diciembre de 1888

El tictac del reloj situado en un rincón de la sala de espera contaba los segundos que faltaban para la perdición de Oliver Conway. Cada segundo sonaba como la caída de un martillo en el interminable silencio. Apretó sus desgastados guantes negros con una mano y sujetó su sombrero con la otra mientras esperaba a ser llamado. Finalmente, la puerta del despacho del presidente del banco se abrió y un hombre corpulento de ojos amables miró hacia el vestíbulo para encontrarlo.

Lord Conway, lo veré ahora.

Oliver tragó saliva y se puso en pie, luego enderezó los hombros y entró en el despacho del señor Kelly, presidente del Drummonds Bank.

Por favor, siéntese, Lord Conway el señor Kelly hizo un gesto hacia el par de sillas de cuero que estaban frente al escritorio.

Se sentó, con las manos temblándole un poco. A la edad adulta de treinta y un años tenía pocas razones para tener miedo, pero hoy este hombre tenía en sus manos el destino del futuro de su familia.

El señor Kelly sacó un par de gafas del bolsillo de su abrigo y se las colocó en el puente de la nariz. Le acercó una pila de papeles.

He revisado todas las cuentas esta mañana, milord, y me temo que los préstamos que su padre concedió hace dos años están vencidos. He recibido los pagos que ha estado enviando, pero apenas cubren los intereses que se deben actualmente.

Su corazón se hundió, y un sabor amargo llenó su boca.

¿Y las acciones que compró? Autorizamos al banco el permiso para vender. ¿Qué cantidad ingresó?

El señor Kelly suspiró, y sus ojos grises, que seguían mostrando esa maldita sinceridad y amabilidad, no hicieron más que aumentar sus temores.

Las acciones no valían nada después de que los negocios en los que invirtió su padre quebraran. Pude recuperar una pequeña cantidad, pero sólo cubría los intereses adeudados para el pago del mes siguiente.

El pánico se apoderó de él. Llevaba más de un año luchando por salvar a su familia y su hogar de la ruina tras la muerte de su padre, y ahora lo único que tenía era su nombre y el título de vizconde Conway, que en ese momento era una carga casi más allá de lo que podía soportar.

Señor Kelly, ¿no hay manera...?

El banquero se quitó las gafas y las dejó sobre el escritorio. Se inclinó hacia adelante y bajó la voz.

Tengo muy pocas opciones, Oliver. Tu padre era un amigo muy querido y... hizo una pausa,

recuperando la compostura. Pero mis manos están atadas por las regulaciones bancarias y las expectativas de los inversores.

Entonces, ¿eso es todo? Astley Court, todas las propiedades en arrendamiento y todo lo que poseemos...

Serán propiedad de Drummonds en treinta días terminó él. Has hecho un trabajo admirable, pero las deudas eran simplemente demasiado grandes. La única manera de... se detuvo y sacudió la cabeza.

¿Qué? insistió. ¿Qué estaba a punto de decir? Haré lo que sea

La única opción que veo para salir de este embrollo es, digamos... ¿casarse ventajosamente?

No terminé de comprender las palabras del banquero por lo inesperadas que fueron.

¿Perdón?

Una heredera, querido muchacho dijo, olvidando por un momento su diferencia de posición social, aunque no es que a Oliver le importara.

Una heredera murmuró, encontrando desagradable la insinuación.

Sí. Encuentra una joven bonita con una fortuna a su nombre y asegúrate su mano en menos de treinta días, y tendrás acceso al dinero. Podría eludir parte de la resistencia de aquí si volvieras antes de mediados de enero con una novia rica al lado tuyo.

Oliver miró sus guantes raídos y su sombrero de copa, que descansaban sobre su regazo. Así que había llegado a esto. Venderse a la dama de Londres que hiciera la oferta más alta y tener que cargar con una esposa que tal vez no le gustara y mucho menos amara, todo para salvar su hogar y su familia.

Hazlo por Astley Court. Hazlo por tu madre.

El pensamiento de su madre, su hermano menor Everett, y su hermana Zadie, todos dependiendo de él. Fue todo lo que necesitó para decidirse.

Treinta días dijo Oliver, como si sellara el pacto.

Sintiéndose aún como un hombre condenado y enfrentado a la horca, le dio las gracias al señor Kelly y estrechó su mano antes de salir de la oficina. Se puso los guantes y maldijo al encontrar otro pequeño agujero en el cuero. Se había pasado el último año invirtiendo cada céntimo que tenía en las deudas comerciales que habían acumulado las inversiones de su padre. El coste de sus esfuerzos, aparte de su orgullo, había sido una vestimenta tres años demasiado vieja, y cada día se le notaba más.

Su madre y su hermana habían sufrido más, viéndose obligadas a llevar vestidos pasados de moda. Él y Everett pudieron arreglárselas con lo que tenían, ya que la moda masculina cambiaba mucho menos y más lentamente que la femenina. Zadie había mantenido la cabeza alta, incluso cuando otras chicas se habían burlado de ella durante su debut esta temporada al llevar un vestido pasado de moda.

Su familia también había reducido el personal de su finca a la mitad y había vendido su gran casa adosada de Londres hacía seis meses. Ahora sólo alquilaban habitaciones cuando estaban en la ciudad por la temporada. Oliver no quería pensar en los recortes que tendrían que hacer si no era capaz de salvar Astley Court. Un hombre sin tierras y sin fortuna... Se estremeció, pero se propuso la idea de aprender un oficio. No se oponía a ello, pero los círculos sociales en los que se movía su familia seguramente lo encontrarían desagradable, lo que significaba que ponía en riesgo el futuro de Everett y Zadie.

Pero si pudiera encontrar una heredera...

No. *Encontraría* una heredera. Cumpliría con su deber, de la forma que fuera.

Cuando dejó Drummonds y salió a la calle, alguien lo llamó por su nombre.

¡Conway!

Se giró y vio a un hombre que se dirigía hacia él agitando el brazo. El hombre alto y de cabello oscuro tenía los mismos ojos verdes que él.

¡Primo! se rio mientras estrechaba la mano de Devon St. Laurent. Devon era el segundo en la línea de sucesión para convertirse en duque de Essex. El bisabuelo de Oliver, Godric St. Laurent, y su esposa Emily habían tenido cuatro hijos, y el abuelo de Devon, el segundo mayor de la prole era el actual duque.

¿Te apetece una copa? Me dirigía a Berkley's.

Me encantaría, pero renuncié a mi membresía hace tres meses fue uno de los muchos lujos frívolos que tanto él como Everett habían eliminado para reducir los gastos de su familia.

¿Qué? ¿Por qué?

Oliver suspiró.

Es una larga historia ahora le dolían los hombros. Había estado esperando más de una hora para ver al señor Kelly y había estado más tenso que el arco de un flechero todo el tiempo.

Devon sonrió y dio una palmada en el hombro de Oliver.

Vamos, tomaremos algo en un pub cercano y podrás contarme esta larga historia.

Media hora más tarde, los dos llevaban dos pintas en una tarde agradable.

Muy bien, Oliver, dime qué pasa la expresión de Devon volvió a ser de preocupación. Y como lo habían hecho de niños, Oliver encontró confianza en su primo cuando lo hizo partícipe de la grave situación económica de su familia.

Dios, Oliver, eso es terrible. ¿Por qué no hablas con mi abuelo? Estoy seguro de que no le importaría ayudarte. Ya sabes cuánto le gusta Astley Court.

Lo sé admitió. Su tío abuelo, el duque de Essex, era un hombre cariñoso, de corazón abierto y amable, pero ni siquiera él poseía los fondos para ayudar a los Conway a salir de su enorme deuda.

¿Por qué no? insistió. Hizo rodar su pinta medio vacía entre las manos.

No sería suficiente. La cantidad que tenemos que pagar... Pondría a Essex House en peligro. No puedo pedir eso.

Los ojos de Devon se oscurecieron.

¿De verdad es tan grave?

Lo es respondió, sintiéndose entumecido. Echó un vistazo alrededor del pub, observando a los hombres que intentaban escapar del frío invernal. La mayoría reía y hablaba, todos aparentemente de buen humor. Eso sólo sirvió para aumentar su melancolía.

Siento que he fracasado susurró Oliver.

No lo has hecho se inclinó hacia delante y dejó su vaso sobre la mesa. Las deudas ocurren, los negocios fracasan. Tu padre tomó estas decisiones, que en su momento parecieron buenas y acertadas. No es culpa tuya que fracasaran. El mundo ha cambiado y todos seguimos intentando ponernos al día.

Oliver bebió el resto de su ale, dejando que se le subiera a la cabeza. Tenía el estómago vacío y le dolía la cabeza por la falta de comida. Había hecho todo lo posible por no comer en demasiados restaurantes durante su estancia en Londres. El gasto era una cosa más que no podía permitirse.

El banquero me ha dicho que tengo que encontrar una heredera. ¿Te lo puedes creer? Fue su consejo *profesional*.

¿Una heredera? el deleite estalló de repente en el rostro de Devon mientras sonreía. Eso puede ser algo en lo que podría ayudarte.

¿Oh?

¿Recuerdas a Adelaide Berwick?

¿La hija del conde de Berwick? asintió. Había pasado gran parte de su juventud cerca de la chica. Parloteaba sin parar y a veces podía ser bastante mezquina.

Todavía te quiere, Oliver. Sé que no te ofreciste por ella cuando se presentó el año pasado, pero sigue esperando que cambies de opinión. Su padre le ha dado una fuerte suma como dote y una gran suma como herencia si aprueba el matrimonio. Siempre le agradaste al viejo Berwick.

El conde de Berwick era un buen tipo, pero tanto su esposa como su única hija podían resultar insoportables. Aun así, lo consideró.

Adelaide es un poco... demasiado, ¿no crees? preguntó a su primo.

Devon se encogió de hombros.

Sí, supongo que lo es. Pero es tan rica como Creso, y eso es lo que necesitas, ¿no? soltó una risita. Además, si de verdad te volviera loco, siempre podríais vivir separados en casas separadas. Eso parece ser bastante aceptable hoy en día con los que se casan por necesidad.

Supongo que tienes razón. Podría soportarlo. Por Astley Court.

Ahí lo tienes entonces. Anímate. Vendrás al baile de Lady Poole esta noche, ¿verdad? Adelaide estará allí. Proponle matrimonio, e iré contigo a conseguir una licencia especial. Estarás casado para Navidad.

Casado con Adelaide Berwick para Navidad... sacudió la cabeza, intentando no reírse del loco giro que había dado su vida.

Casado, al menos replicó. Eso debería servir de consuelo.

Terminaron sus bebidas y Devon pagó al camarero. Luego se pusieron los guantes y los sombreros antes de abrazar el frío exterior.

¿Nos vemos esta noche?

Sí Oliver estrechó la mano de Devon y se separó de su primo. Se dirigió al hotel en el que su familia había alquilado habitaciones durante su estancia en la ciudad. El Hotel Grosvenor, en Buckingham Palace Road, era una impresionante estructura modelada según la interpretación barroca del estilo arquitectónico renacentista francés. Su padre había sido un buen amigo del actual propietario del hotel y, siempre que se quedaban en la ciudad, podían alquilar una habitación mucho más barata que la mayoría de los huéspedes, por lo cual Oliver estaba sumamente agradecido. Además, el hecho de que un lord se alojara allí despertaba el interés de otros huéspedes, lo que el propietario consideraba bueno para el negocio.

Cuando Oliver caminó por la opulenta entrada, sus ojos se posaron en las columnas estriadas y retorcidas y en el modo en que la luz de los candelabros tornaba el mármol blanco en un suave dorado. Media docena de grandes jarrones de cristal estaban llenos de rosas de un rojo intenso y un grupo de jóvenes damas vestidas con vestidos coloridos cotilleaban mientras se ponían sus capas de terciopelo, probablemente para ir a la ópera o a un baile. Más de una dama del grupo llamó la atención de Oliver y le dedicó una sonrisa sonrojada antes soltar risitas junto con sus amigas al verlo pasar.

En otra vida, Oliver habría disfrutado de la atención. No era tonto. Tenía la belleza de su madre y de su padre, y más de una joven se le había insinuado a lo largo de los años. Había disfrutado mucho seduciendo a algunas, aunque nunca demasiado, sólo lo suficiente para complacer su ego y darle a la dama un recuerdo impresionante.

Pero ahora era mayor y una parte de él deseaba sentar la cabeza. Quería lo que tuvieron su madre y su padre, un matrimonio basado en el amor y el respeto.

Pero no tendré eso con Adelaide. Ella me tendrá a su disposición, y nunca me dejará

olvidarlo.

Subió las escaleras hasta el tercer piso y luego se dirigió por el pasillo a la suite que había alquilado. Al abrir la puerta, vio a su madre y a su hermana en el salón, hablando con entusiasmo de lo de esta noche.

¡Oh, Oliver! exclamó su madre con alegría al verlo. Se levantó y fue a abrazarlo. ¿Cómo fue todo con el señor Kelly? ¿Nos ha dado una prórroga muy larga?

Se le hizo un nudo en el estómago mientras planeaba cuidadosamente su respuesta. Vio a su hermana pequeña, Zadie, quien sólo tenía dieciocho años, observándolo con ojos ansiosos.

Ella lo sabe. Siempre ha sabido leerme como un libro abierto.

Madre, quizá deberías sentarte.

Su madre, todavía encantadora a los cincuenta y dos años, se preocupó.

Oliver... ¿Qué pasa? ¿Qué dijo el señor Kelly?

Zadie condujo suavemente a su madre a una silla, y luego se colocó detrás de ella, tan fuerte como un soldado del ejército de Su Majestad.

¿Dónde está Everett? preguntó.

Aquí su hermano salió de la habitación más cercana. Everett podría ser el gemelo de Oliver, aunque era tres años más joven. Se había quitado el abrigo y esperaba a que Oliver hablara. Todos lo hacían.

El señor Kelly no pudo concedernos una prórroga. Se ha reclamado la totalidad de la deuda y estamos en la miseria. Tenemos treinta días para poner nuestros asuntos en orden y organizar la venta de Astley Court y todas sus subpropiedades, así como el mobiliario de la casa.

Aquel sabor amargo había vuelto, y le rompió el corazón ver a su madre secarse las lágrimas de los ojos. No importaba lo que Devon hubiera dicho, sabía que le había fallado a su familia.

No me he rendido les dijo Oliver. Tengo una última oportunidad. El señor Kelly la sugirió y me esforzaré por hacerlo lo mejor posible.

¿De qué se trata? preguntó su madre. Aunque su marido había fallecido hacía más de un año, ella, al igual que Su Majestad, seguía llorando a su marido y no se había despojado de su ropa negra. Su vestido de seda negra susurraba contra las alfombras cuando se puso de pie frente a él con una fuerza que lo hizo sentirse orgulloso.

Si consigo casarme con una heredera antes de mediados del próximo enero, podremos salvar la casa, las tenencias... todo.

¿Una heredera? Oh, Oliver, no su madre negó con la cabeza. No permitiré que te conviertas en un espantoso cazafortunas.

No lo seré, madre. Ya conozco a la mujer que voy a elegir, y no requerirá ninguna caza intentó sonreír, pero supo que la expresión no se reflejó a sus ojos. Incluso podría decirse que ella me ha estado cazando a mí.

¿Quién sería...? preguntó Zadie, y entonces sus ojos se abrieron de par en par con horror. Oh no, Oliver, ella no. Cualquiera menos ella.

Zadie levantó una mano, tratando de tranquilizarla. Ella no es tan terrible.

¿No es tan terrible? Me cubrió el cabello de alquitrán cuando tenía doce años, Oliver. Madre tuvo que cortármelo. ¡Lucí como un niño durante casi un año!

Maldita sea dijo Everett, y luego silbó. Había olvidado que Adelaide hizo eso.

Entonces sólo era una niña dijo Oliver.

Everett sacudió la cabeza con disgusto.

Elige a cualquiera menos a ésa. Debe de haber otras herederas.

Everett, las herederas no crecen en los árboles dijo su madre con frialdad. Si Oliver cree que

Adelaide es nuestra única opción, entonces debemos soportarlo cuando Everett hizo un ruido de arcadas, ella añadió. O tú podrías casarte con ella en ese momento, Everett se puso tan blanco como el alabastro.

Zadie se hundió en la silla que su madre había dejado vacía, mientras Everett lanzó una mirada compasiva a Oliver cuando su madre cogió sus manos entre las suyas y le dio un suave apretón.

¿De verdad quieres esto? le preguntó Margaret.

Oliver le devolvió el apretón.

Madre, no es lo que quiero, pero es lo que hay que hacer. No perderé nuestro hogar y no pondré en peligro el futuro de Zadie y Everett. Necesitan una vida estable y una reputación no mancillada por la indigencia si quieren encontrar parejas decentes.

Durante un largo momento, nadie dijo nada. Entonces su madre le acarició la mejilla e intentó sonreír.

Eres un hijo maravilloso por hacer semejante sacrificio. Daría cualquier cosa para que no lo hicieras.

Lo sé, madre cerró los ojos, respiró hondo e intentó esbozar una sonrisa. Ahora, tenemos el baile de Lady Poole esta noche, y por mi parte me gustaría disfrutar esta noche antes de declararme.

No se permitió pensar en lo que podría ser su futuro. Ciertamente no esta noche, ya que sería su última velada de libertad antes de encadenarse a una heredera no deseada.

Si te gustaría saber qué pasa después, ¡consigue el libro [AQUÍ!](#)

ACERCA DEL AUTOR

Lauren Smith es una abogada estadounidense de día y autora de noche que escribe romances osados y provocativos bajo la luz de la aplicación de la linterna de su teléfono inteligente. Supo que estaba destinada a ser escritora de novelas románticas cuando intentó reescribir toda la película *Titanic* solo para salvar a Jack de ahogarse. Su pasión es conectar con los lectores a través de la escritura de romances emotivos, realistas y sensuales, independientemente de la época. Ha ganado múltiples premios en varios subgéneros románticos.

Para conectar con Lauren, visítala en

www.laurensmithbooks.com
lauren@laurensmithbooks.com

